cierta historieta de los preciosos tiempos de la Inquisición que, pues viene á pelo, relataré al galope.

Fué ello, que un pobre diablo se encaprichó en negar el misterio de la Trinidad, dando motivo para que el Santo Oficio se encaprichara también en achicharrarlo. Los teólogos consultores más reputados gastaron saliva y tiempo por convencerlo; pero él siempre erre que erre en que no le entraba en la mollera eso de que tres fueran uno, y uno, tres. Al fin, un mozo carcunda, profano en sumas teológicas, si bien catedrático en parrandas, se abocó con el contumaz hereje, y después de discurrir á su manera sobre el peliagudo tema, terminó preguntándole:

—Dígame, hermano, ¿le paga usted acaso la comida á alguna de las tres personas de la Santísima Trinidad? ¿Le cuesta á usted siquiera un macuquino la ropa limpia y los zapatos que gastan?

—No por cierto, contestó el preso.

—Pues entonces, hombre de Dios, ¿qué le va á usted ni qué le viene con que sean tres ó sean treinta? ¿A usted qué le importa que engullan como tres y calcen como uno? ¿Quién lo mete á sudar fiebre ajena? Allá esos cuidados para quien las mantiene y saca provecho de mantenerlas.

—Hombre, no había caído en la cuenta: tiene usted razón, mucha razón.

Y el reo llamó á los inquisidores, se confesó creyente, y libró del tostón.

Ahora bien, el generalísimo don José de San Martín, prez y gloria del gremio de maridos, era imperturbable en el propósito de esquivar la guerra civil en el hogar, soportando con patriarcal cachaza las impertinencias de un cuñado. Era el tal un comandante Escalada, que de cuenta de hermano de doña Remedios la costilla, había dado en la flor de aspirar á ejercer dominio sobre el pariente político.

¿Tratábase de un acto diplomático, de una disposición gubernativa ó de operaciones militares? Pues era seguro que el comandantito, sin que nadie le pidiera voto, le diría al cuñado:—Hombre, José... Me parece que á ese consulillo

debes darle de patadas.—Déjate de contemplaciones, y pégale cuatro tiros al godo fulano.—Mañana mismo preséntales batalla á los maturrangos chapetones, y cáscales las liendres.

San Martín se mordía la punta de la lengua y dejaba charlar al entrometido; pero un día colmósele la medida, é interrumpiendo al cuñado dijo:

—¡Alto ahí, señor Escalada! *Pico con pico, y ala con ala...* Yo no me casé con usted, sino con su hermana.

Santo remedio. Desde ese día el cuñado no volvió á gerundiar á San Martín, y la frase fué tan afortunada que se tornó refrán.

RICARDO PALMA.

CHISPAS

¡Lo bello y lo deforme! Tales eran
los símbolos del arte en algún tiempo;
hoy hemos inventado lo bonito,
¡ridícula parodia de lo bello!

—

Visible alguna vez, latente muchas,
en todo ser humano hay una bestia;
cuando esconde las garras
descubre las orejas.

—

El amigo verdadero
ha de ser como la sangre,
que siempre acude á la herida
sin esperar que la llamen.

—

Siempre que un galán muy feo
logra el amor de una bella,
recuerdo á los caracoles
que se comen las violetas.

—

Fanatismo, ignorancia y tiranía
engendraron salvajes, lo confieso;
pero estudiados á la luz del día
los que abortan la ciencia y el progreso
resultan más salvajes todavía.

MANUEL DEL PALACIO.



BRINDIS

Composición leída por el autor en una pequeña fiesta de familia, con motivo del bautizo de la preciosa niña

Honoria Lavarello y Alvarez

Ya que es forzoso brindar
en casos como el presente,
y escapar por la tangente
no puedo ni aun intentar;
veré si á fuerza de maña
cumplo con deber tan grato,
pues, por mi mal, no me trato
con la musa del *Champaña*.
Pero, sea ó no ilusoria
la fe que en mi estro alguien tiene,
antes de brindar conviene
hacer un poco de historia.

Doña Luisa y don José
en matrimonio se unieron
y en cuanto unidos se vieron
soñaron con un *bebé*.
Sin él no encontraban modo
de consolarse los dos;
supo sus deseos Dios,
porque Dios lo sabe todo;
y, en su bondad, puso fin
á tan entrañable anhelo,
enviándoles desde el cielo
un hermoso serafín.
¿Hubo disgustos y riña?
¿sintieron menos cariño
al ver que, en lugar de un niño,
Dios les enviaba una niña?
Yo no sé lo que pasó
ni la historia lo menciona;
sólo sé que era tan mona
la niña que Dios les dió,
que al verla se embelesaba
don José, y de tal manera,
en su paternal chochera,
se le caía la baba,
que, aturdida, la mamá
no sabía ¡oh trance fiero!
á quién poner el babero,
si á la niña ó al papá.
Mas... ¿su ventura es completa?
á decir verdad no sé
si aún sueñan con el *bebé*,
teniendo una *marioneta*.
Si es así, que en bien concluya
Dios querrá anhelo tan loco,
pues con empeñarse un poco
se han de salir con la suya.
¿Quién en pos de ellos, sumisa,
á la fortuna no ve?
¡conque ánimo, don José!
¡y usted también, doña Luisa!
¡Ahí es un grano de anís
la gloria de tal jornada!
¿quieren un chico? ¡pues nada!
se encarga un chico á París.
Y de este modo, quizá,
vean su esperanza presto
realizada... ¡por supuesto!

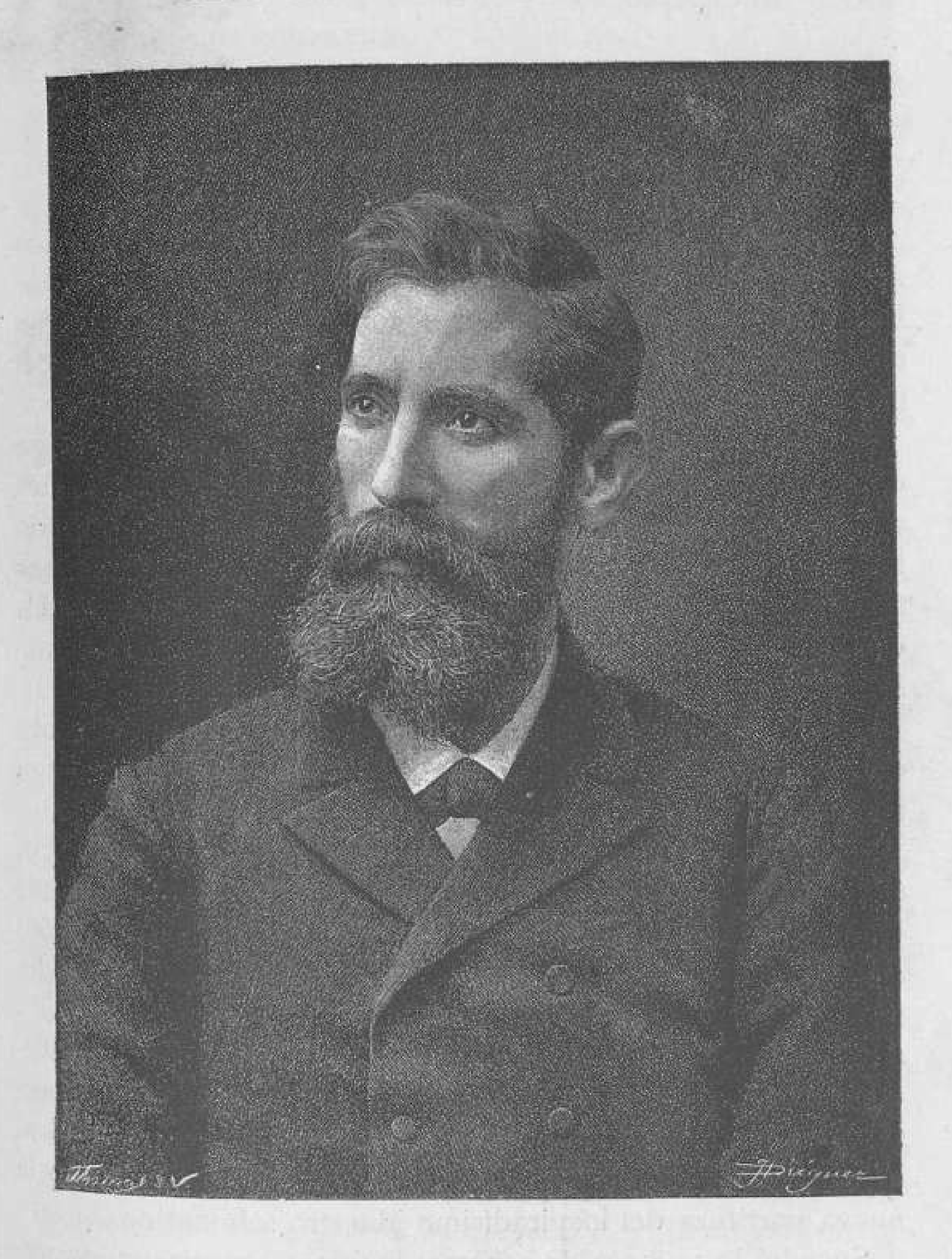
si no está encargado ya.
Pero que os canso imagino,
y como concluir conviene,
mientras se espera al que viene
brindaré por la que vino:
Que nunca sienta su planta,
en la senda de la vida,
por los abrojos herida,
y la haga el cielo una santa;
que si es santa, con exceso
del hombre obtendrá los votos,
pues siempre encuentran devotos
las santas de carne y hueso.
Que su existencia dichosa
sea lago azul en calma
y sólo crucen por su alma
nubes de color de rosa.
Y que si hoy, de encanto llena,
y entre el júbilo que excita,
todos dicen:—¡Qué bonita!
mañana digan:—¡Qué buena!

Casimiro Prieto.

Julio de 1887.



CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Tomás Bretón

EMINENTE COMPOSITOR ESPAÑOL

TOMÁS BRETÓN

APUNTES

I

Cuando el estreno en Barcelona del drama lírico «Lo Amantes de Teruel» (el 13 de Mayo de 1889), el seño Director de *La Publicidad* nos confió el honroso encarg de escribir los apuntes que debían acompañar el retrato de ilustre maestro don Tomás Bretón y Hernández.

No nos atrevimos entonces á prodigar á nuestro amig del alma todos los elogios que merece por sus relevante méritos y extraordinarios servicios, porque de otro mod hubiéramos exasperado á los innumerables enemigos qu tiene el Maestro en Barcelona, como los tiene en Madrid en Praga y en Viena y en todos los lugares donde hay músicos de carne y hueso y críticos malhumorados.

Nuestro comedimiento favoreció indudablemente el éxit de los inspiradísimos «Amantes de Teruel,» que obtuviero todos los aplausos que la ópera merece.

Más avisados aún en Mayo de 1892 que en Mayo de 188 (que más sabe el diablo por viejo que por diablo), ni ante de las representaciones de «Garín» ni después de su éxit colosal, éxito creciente en cada una de sus audiciones, no h aparecido en diarios ni en revistas ni un solo aplauso debid á nuestra pluma. Llegó más allá nuestra previsión: conocedores del corazón humano, solicitamos y obtuvimos de nuestros amigos en la prensa que guardaran silencio respecto a efecto entusiasta que ya en los ensayos iba produciendo l nueva partitura del inspiradísimo Maestro salmantino.

Sucedió lo que era de esperar: la ópera entusiasmó y sor*prendió:* el público tuvo forzosamente que manifestar, adem de su entusiasmo, su *sorpresa;* y tuvo también que recompensar la honradez inmaculada del autor. A medida que s

iban sucediendo las escenas, la ópera iba ganando terreno palmo á palmo, convenciendo á los incrédulos, amordazando á los envidiosos, entusiasmando á los indiferentes y enloqueciendo á los entusiastas.

Desde el primer momento se entregó el público en cuerpo y alma, porque hasta en el ambiente se veía claro, como se ve clara la luz del sol, que no era éxito de los que hoy fabrican de antemano ciertos autores y ciertos empresarios, éxito artificial, solamente *teatral*, nacido al calor de aplausos mercenarios, tolerado por la indiferencia y hasta ignorancia de algunos públicos, y sostenido y sufragado por los Vicentes, *que van solamente adonde van las gentes.*

La ópera «Garín» obtuvo éxito franco, éxito de verdad, éxito honrado.

Han transcurrido tres meses: ahora que nuestros escritos no pueden perjudicar á Bretón, exasperando á sus testarudos detractores, con placer inefable tomamos la pluma, para colocarnos en fila, y, como nuestros demás compañeros de profesión, presentar armas al autor de la inspiradísima partitura de «Garin o l'Eremita di Montserrat.»

II

El ilustre Maestro vió la luz en Salamanca el 29 de Diciembre de 1850, y á los seis años demostró ya las excelentes y excepcionales aptitudes y disposiciones que habían de inmortalizar su nombre.

Quedó sin padre á los ocho años, y desde aquel día el niño Tomás, sin más elementos que su violín, mantuvo con su trabajo á su cariñosa madre, que ha vivido al lado de su hijo en España, en Italia, en Alemania y en Francia.

Buscando mayor *espacio para sus batallas*, se trasladó Bretón á Madrid, y fué tal su aplicación y laboriosidad, que teniendo solamente quince años desempeñaba ya la plaza de concertino en la orquesta del teatro de Variedades. Con el mezquino sueldo que su para él elevado cargo le producía, mantuvo Tomás á su familia, y pagó la suscripción á la *His-*

toria Universal de César Cantú, cuya lectura robusteció y desarrolló en las proporciones colosales que hoy tiene el cerebro de Tomás Bretón.

Ingresó más tarde en el Conservatorio de Madrid en el curso en que ingresó también Ruperto Chapí, á quien Bretón profesa cariño entrañable.

Amontonando milagros, tocando el violín en invierno y dirigiendo la murga del Circo de Price en verano, Bretón se alimentaba, se abrigaba y se albergaba, alimentaba abrigaba y albergaba á su señora madre y... se dedicaba al estudio de la música y de la literatura.

Nosotros, que hace ya veinte años tratamos á Bretón íntimamente, más que al compositor de inagotable inspiración, hemos admirado siempre al esforzado batallador. Bretón en cada nueva contrariedad va adquiriendo nuevos bríos.

Hemos sostenido con el Maestro correspondencia íntima y frecuente: no en cada una de sus cartas, en el fondo de cada párrafo, se descubren lágrimas amargas, que Bretón ha secado siempre con el aliento sobrehumano del que sigue impávido su camino para realizar sus ideales.

Cinco años, día sobre día, llevaba ya de peregrinación, llamando de puerta en puerta para *que le aceptaran* «Los Amantes de Teruel,» y á pesar del apoyo que prestó á Bretón don Alfonso XII (q. e. p. d.), como iban redoblando sus esfuerzos los enemigos *particulares* del Maestro, iban surgiendo cada vez del infierno de la envidia nuevas dificultades.

En una de las cartas fechadas en este calvario nos decía Bretón:

«Para que acepten mi ópera llevo ya cinco años luchando, sin descansar un solo instante. ¡Cinco años! ¡y esto que cuento con el Rey!»

Ya que tenemos á la vista las cartas del Maestro, para que de una vez para siempre queden convencidos todos los que niegan que «Garín» se haya compuesto é instrumentado en poco más de un año, copiaremos á continuación el párrafo de la carta fechada en Madrid *en 27 de Diciembre de 1890,* que dice textualmente:

«He empezado el «Garín» con unos bríos que ya me tienes archientusiasmado. No me hagas caso, sino teniendo en cuenta mi estado psicológico, facilísimo de entusiasmo. Yo creo que en todos «Los Amantes» no hay una pieza del peso de la que ahora me ocupa por la mitad del primer acto. La introducción es muy breve y sencilla, pero de una impresión tan dulce y plácida, que no puedo desearla mejor. Creo que no podré sobrepujar en efectos escénicos al epitalamio y al final del primer cuadro del último acto de «Los Amantes,» pero como música y en otra clase de efectos irá «Garín» mucho más lejos. ¡Dios nos oiga!»

Y Dios oyó á Bretón y á sus amigos.

* * *

Tomás Bretón lleva escritas dos zarzuelas en tres actos: «Amores de un príncipe» y «El Campanero de Begoña,» y además de las óperas «Los Amantes de Teruel» y «Garín,» «Guzmán el Bueno,» que se estrenó en el Teatro de Apolo de Madrid en 1877. Es, además, autor del poema sinfónico «La Alhambra» y del oratorio «El Apocalipsis.»

Para que Tomás Bretón pueda continuar su camino, pidamos á Dios que le conceda la salud que Bretón necesita, y le deseamos todos sus amigos íntimos y sus admiradores entusiastas.

Alberto Llanas.

RAYOS DEL CIELO

—«¡Que, airado, desate el cielo
un rayo sobre mi frente,
si amor mi labio te miente!»
dijo á mi oído Consuelo.
La noche á mi ardiente anhelo
prestaba sombra oportuna,
y en pos de mayor fortuna,
rogué, Consuelo cedió,
y al darme un beso, cayó
sobre ella un rayo... de luna.

Casimiro Prieto.

COQUETERÍA SUPREMA

Es morena, con ojos de andaluza,
criolla gentil, con aires de sultana:
cuando en la calle por mi lado cruza
hierve toda mi sangre americana.

Coqueta, y como tal, muy vanidosa,
charlaba con los suyos y reía,
y, más que una beldad, era una diosa
la que con dulce acento así decía:

—Sobrevivir no quiero á mi hermosura,
más que la muerte la vejez me espanta;
ver marchita no quiero la frescura
de mi tez y mi mórbida garganta.

Hermanas, escuchadme: cuando muera
cubrid mi lecho de encendidas rosas,
y adornad mi profusa cabellera
con lirios y fragantes tuberosas.

Pintad luego mi rostro ¡es tan horrible
la palidez profunda de los muertos!...
¡Graciosa hasta en la tumba! ¡Bonancible
la sonrisa en mis labios entreabiertos!...

Con mi espléndido traje color lila
encerradme después dentro la caja...
¡Que no doble por mí fúnebre esquila!
¡Que no toque mi cuerpo la mortaja!...—

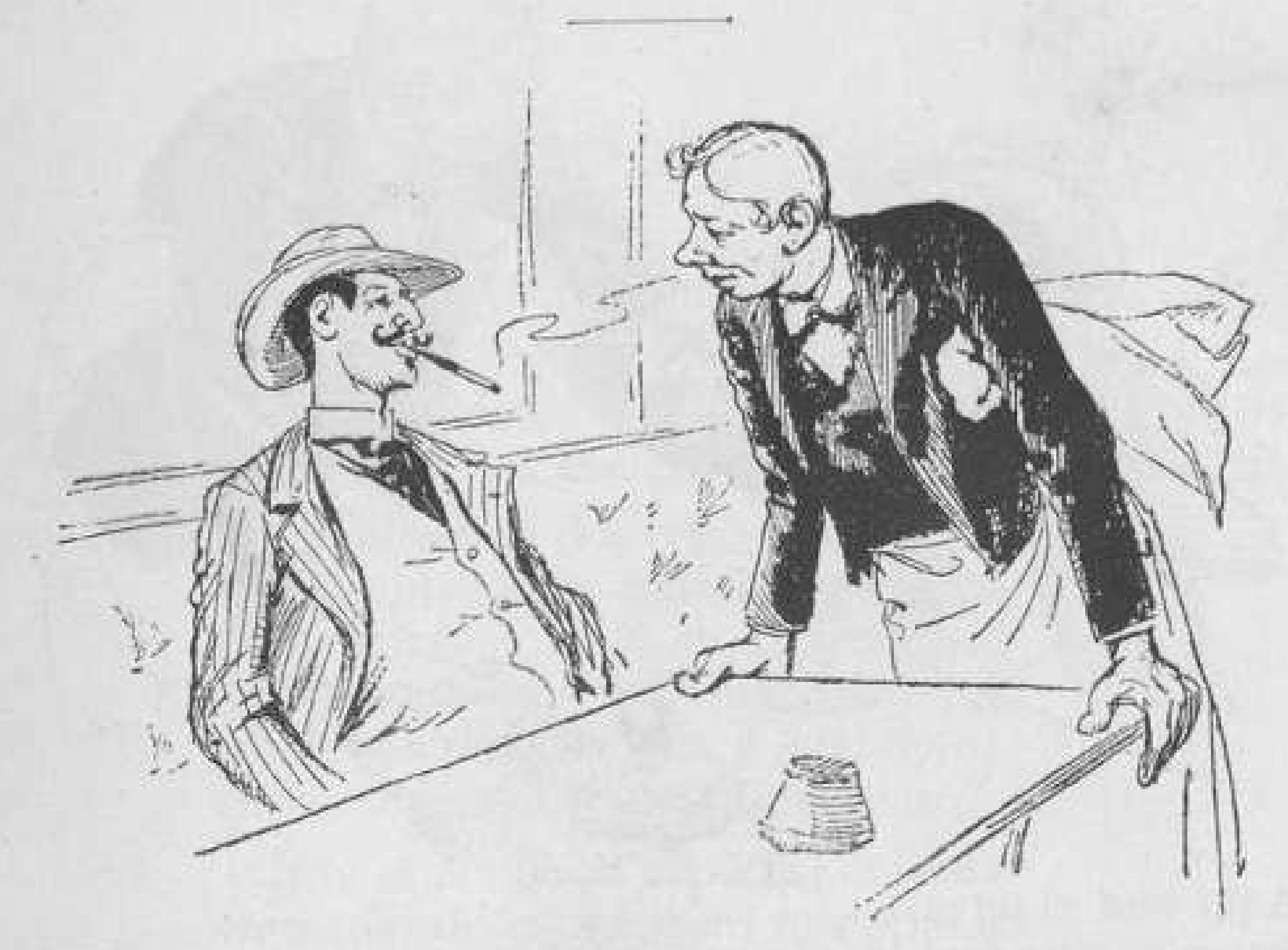
De súbito, los ojos asombrados,
enmudeció la criolla soberana...
¡un grupo de jilgueros inspirados
rompieron á gorjear en su ventana!

—¡Ama! ¡Sueña! dijéronle en su canto.
¿No te ofrece sus flores la pradera?
¡Qué! ¿Tu alegría trocarás en llanto
y en penumbra otoñal tu primavera?

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires.

LAS DOS COPAS



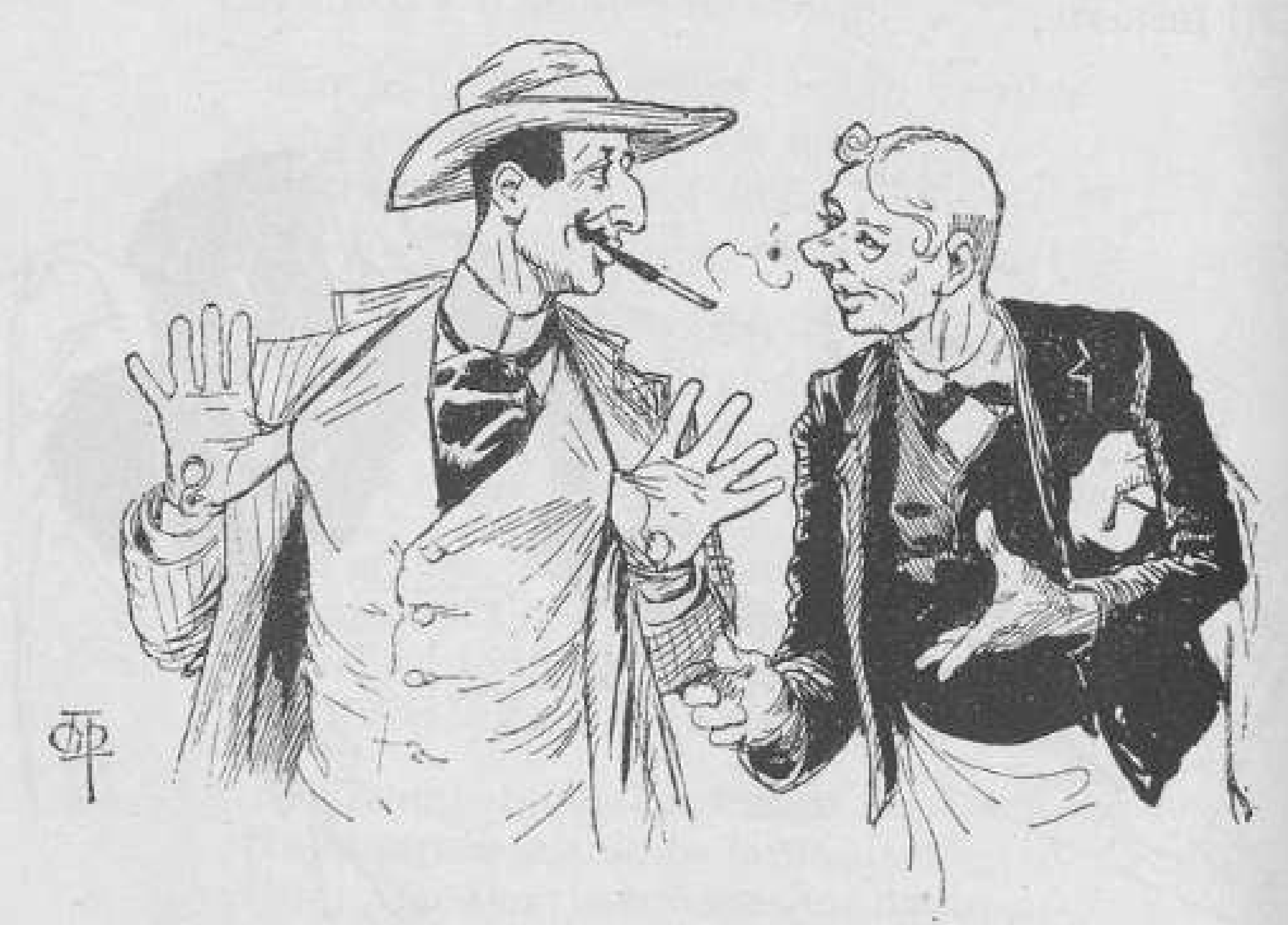
—¿Qué le sirvo á usted, caballero?
—Una copa de oporto.
—Al instante.



—Aquí está el oporto.
—Mira; ¿quieres cambiarlo por una copa de jerez? lo he pensado mejor y... ¡prefiero el jerez!
—No hay inconveniente.



—Aquí está el jerez.
—Supongo que será legítimo, ¿eh?
—¡Es *natural!*



—¡Caballero!... ¡que se va usted sin pagar el jerez!
—¿El jerez? ¿y por qué he de pagar el jerez? ¿no me lo cambiaste por el oporto?
—Sí, pero... ¡es que no ha pagado usted el oporto!
—¿Y por qué he de pagar el oporto? ¿acaso me lo he bebido?

DESDE MI VENTANA

¡Qué triste es ese vals!... Suena lejano,
desfallecido, lento;
surge fresco y sonoro del piano,
y derrama en la clámide del viento
sus notas de cristal, vivas y aladas,
que llegan, como aves fatigadas
en busca de un asilo, á mi aposento.

La calle está desierta,
la luna, blanca, y el ambiente, puro.
Callada la ciudad, y en lo distante,
entre penumbras, la ventana abierta
como una mancha roja y fulgurante
en la medrosa oscuridad del muro.

Hay esplendores rápidos; chispea
en medio de las sombras misteriosas
una línea de plata que blanquea
los inciertos contornos de las cosas:
en el confín remoto centellea
la cúpula del templo, esbelta y alta,
y tras la curva rígida del monte
una serena claridad esmalta
la palidez azul del horizonte...
¡Qué triste es ese vals!... ¡Y con qué anhelo
escucha su cadencia fugitiva,
mientras se pone mi alma pensativa
á contemplar el cielo!

Me hundo en un mar de sueños imposibles;
olvido el libro, que en la mesa, abierto
me convida al estudio,
y oigo armonías dulces y apacibles
cual si tocaran arpas invisibles
un celestial preludio...

Besos que estallan y en el aire espiran.
Alas que tiemblan y el follaje rozan...
Oid, son mis recuerdos que suspiran...
Oid, son mis tristezas que sollozan!...

Esa es mi juventud que desfallece;
es mi ilusión que canta,
mi primer desengaño que aparece
y mi primer amor que se levanta,

Ese es el mismo vals que nos decía:
« El alma en primavera tiene efluvios
que no tornan; amaos todavía;
la dicha pasa y el dolor agobia...»
Y yo besaba los cabellos rubios
y los ojos azules de mi novia!...

LUIS G. URBINA.

Méjico.

RESPUESTA Á UNA INVITACIÓN [1]

En Noche-buena á que cene
me has convidado contigo,
olvidando que soy tu ene
migo.

En tal noche, dirás tú,
según reza el almanaque,
cena bien todo badu
laque.

Pero, aunque lo soy, no olvido,
que con desdenes un día
¡coqueta! pagaste mi ido
latría.

Que te desaire mereces;
porque soy, con tercio y quinto,
más altivo que el rey Reces
vinto.

Perdona si á tu reclamo
no atiendo ya de buen grado,
como cuando era tu enamo
rado.

Y no ha de hundir al Perú
porque á tu cena no asisto,
hoy Nuestro Señor Jesu
cristo.

RICARDO PALMA.

[1] Estos versos fueron escritos en 1870 cuando las hijas de Eva que eran, como dijo Espronceda, *mi dulce manía,* habían hecho de las calabazas uno de mis manjares favoritos. Hago esta salvedad en resguardo de mi moralidad de hogaño, que viejo, cascabelero, papel quemado y poeta enamoradizo, serían en mí tres títulos para merecer patente de bobo y ñoño.



SU CABELLERA

I

No ha habido en el mundo otra mujer que la ostentara más hermosa, más opulenta, ni de más arrebatadora esplendidez.

La fama hablaba de ella como de las maravillas de Nínive y de Egipto. Yo conocía esa fama antes de haber enredado mi alma y haberme dejado mi boleta para la gloria, entre las hebras de aquel soberbio ovillo de oro.

De oro, sí; porque Carmen era rubia. Un chusco, de frase expresiva y voluptuosa, la había ponderado cierto día en la peña del Casino, pasando revista de las mujeres hermosas de Madrid.

—Esa, había dicho, refiriéndose á la dueña de la cabellera en cuestión, esa tiene veintidós duros de pelo.

¡Veintidós duros! Mi peluquero me enteró luego, de que una cabellera por la cual se pudiera en conciencia dar veintidós duros, había de ser un torrente, un Niágara, un Océano.

—Esa cabellera suelta, me dijo el mancebo, ha de ser una inundación. En ella debe de ahogarse la propia dueña, y en cuanto al buzo que pretenda sumergirse bajo sus olas, que no se encomiende á Dios ni á la escafandra, porque ni el uno ni la otra han de valerle: allí se dejará la vida enterrada.

Y el rapista fué profeta. Yo, que quise bañarme en el raudal copiosísimo de aquel río de oro, perecí víctima de mi temeridad. Aquella corriente loca, turbulenta, que atraía con sus ondulaciones revueltas como las de un lago encantado, agitado por un baile de *willis*, rodaba, rodaba desatándose hacia la catarata por la cual me precipité.

¡Oh, cuánto dolor prendido en aquellas mallas delicadísimas, cuánta desesperación oculta entre aquellas sedas impalpables! Y del perfume desvanecedor, que se aspiraba cerrando los ojos y perdiendo la mente, ¡qué atmósfera de peste salía difundiéndose por todas partes adonde yo llevaba mi pensamiento enamorado, celoso, henchido de inquietudes y de rencores!

¡Pobre cabellera hermosa! Pereció á mis manos.

II

La moda que sujeta y retuerce el cabello de las mujeres, tenía la cabellera de aquella mujer prisionera de horquillas y tocados. En el Circo de Parihs, donde la ví por primera vez, después de haber recorrido todos los sitios de exhibición de

la corte, estaba aquel rico tesoro, recogido y atado bajo un sombrero de alas descomunales.

Pero el cautivo fuerza por derecho y por deber los hierros y los muros de su calabozo, y por debajo del sombrero colmado de flores y espigas, se desbordaba el rodete de la cabellera, enroscándose recio, indócil, lascivamente caído sobre los ricillos de la nuca, próximo á deshacerse y á desparramarse por la garganta y los hombros de los que Dios, que es grande, le había hecho espléndido manto.

Aquel rodete era la constante amenaza del peligro que había vaticinado la inspiración de mi barbero. Era el río siempre dispuesto á salirse de madre. Otra vez, porque antes de llegar á las márgenes de aquel divino raudal, yo lo contemplé varias veces desde lejos, otra vez, en la Opera, estaba ella en un palco, luciendo sin estorbos su corona de luz: aquella fortuna de veintidós duros, que parecía un nublado de tentaciones, un turbión de riquezas, de hechizos y de alevosías. El copete se alzaba sobre la frente, como un puñado de pepitas recogidas en los placeres de la California. Doblegábase con la laxitud del encanto femenino, y parecía un penacho de plumas arrancadas á un ave del cielo, ó un copo de vellón dorado, puesto allí por algún vientecillo tibio de la primavera para que sirviera de nido á los amores. Luego se extendía el pelo llano y luciente, reflejando en distintos matices la luz eléctrica que nadaba en el salón; las dos bandas se juntaban en el rodete, y allí se repetía, se perpetuaba aquel delicioso riesgo de la inundación pronosticada. Volvía ella la cabeza blanca y sonrosada, y al vivo movimiento, decía el observador embelesado:—¡Ahora!... Porque en efecto, á cada instante aquella sierpe prisionera, aquel cable de cabello rubio, parecía que iba á desenvolverse y á saltar esparciéndose en chispas y en rayos sobre el cuello gentilísimo y sobre el seno, que pedía abrigo. Pero no caía; siempre flojo, mas siempre seguro, el moño, lo mismo que una flor de gracia allí prendida, se aguantaba cual si lo mantuvieran en equilibrio soplos contrarios, permitiendo que sobre la nuca mórbida, nevada, nerviosa, labrada con buril, reluciese, como

la lluvia de Danae, el polvillo sutil, vaporoso de la pelusilla rizada.

¡Desatar aquella cabellera! Hundir en ella los dedos trémulos, la mirada codiciosa, sepultar diluvios de besos!... ¡Contar sus hilos uno á uno, juntarlos en guedejas, retorcerlos en largos tirabuzones; extenderlos como un manto real ó como el alquicel de un sultán envolviendo á la favorita; peinarlos, medirlos, enredarlos, alborotarlos y en seguida volverlos á peinar dividiéndolos y siguiendo la blanca raya, senda deliciosa que conducía al placer y al pecado!...

Yo soñaba todo eso, y todo eso logré.

Aquella cabellera fué mía. ¡Su cabellera!

Ya he dicho que en aquel mar de oro quedó sepultada mi dicha.

Es una historia muy corta.

III

La mujer adorada, el ídolo, me vendía.

Las horas mejores del amor, las horas secretas, otorgábalas á otro hombre; las glorias más dulces, las robadas, las clandestinas, eran para él. Me lo denunciaron en la Comedia, en aquella colmena de amores y galanteos, una noche de primer turno; inquirí, espié y descubrí que era verdad: la cabellera de oro no era mía.

Ardieron en mi alma celos de Shakespeare, lo cual era sencillamente estúpido, porque yo bien sabía que Carmen había tenido otros amantes, predecesores míos, y harto me estaba repitiendo en un rincón de mi pecho, esa voz chiquita que casi nunca escuchamos, que yo no debía ser el último monarca que se sentase en aquel trono. Pero los pensamientos del enamorado no los cierne en su harnero el sentido común, y los celos no se engendran en la cabeza: suben á ella para desordenarla, invaden el cerebro como una banda de revolucionarios que asalta un cuartel.

Además yo, discurriendo, ó sintiendo, ó desbarrando como

un orate, me había formado la ilusión de haber descubierto goces y dichas nuevas en el amor de aquella mujer, en el culto de aquella cabellera mitológica. ¡Y otro hombre iba á sorprender los misterios que eran míos, á penetrar en el sagrado de aquel templo cuyas llaves me pertenecían!...

Imposible.

Un día entré ciego y delirante en el tocador de mi amada, y... ¡oid, oid lo que hice!

La doncella estaba peinando la cabellera rubia de Carmen. Desatábase aquella lluvia de sol sobre el cuerpo del cual era privilegiado adorno. Ella quedaba envuelta en luz de la aurora, y por entre las rendijas de aquella celosía mostrábase como una mora tras la ventana del harem, la sonrisa cariciosa y falaz de la infame que me engañaba... Jamás la ví tan hermosa.

—Véte, dije á la doncella.

Y cuando quedé solo con la infiel, ante aquel incendio de llamas juguetonas, hablé mil locuras, proferí mil ofensas, vomité ridiculeces y blasfemias... Luego aquella cabellera que otro hombre adoraba, besaba, revolvía, aquel haz de rayos divinos á cuyo contacto se estremecía otro amante, cayó cortada á cercén... sí, á cercén, como los despojos de un traje riquísimo, á los pies de la mujer asombrada, muda, sobrecogida de terror servil y de humildad hipócrita.

Dejé aquella deliciosa cabeza, mondada como la de un quinto, recogí las ruinas de aquel tesoro y eché á correr trayéndome á casa el recuerdo de tanto encanto destruído.

¡Pobre cabellera hermosa! Así concluyó.

IV

Mas no; no es verdad que concluyera así.

Yo, que odiaba ya con toda mi alma aquel tesoro profanado, busqué profanación mayor, atentado más torpe y más infamante que el de la tijera vil.

Trencé las hebras de aquel cabello celestial y saqué la trenza al mercado: la vendí.

Y era exacto: un artista en pelo, fabricante de añadidos, me dió veintidós duros por la cabellera.

Aquí los tengo; los guardo. Es la memoria que conservo de aquella cabellera, fuente de embelesos, diadema de hermosuras, corona imperial de un amor que me ha condenado.

José Feliu y Codina.

Madrid, Agosto de 1892.



EPIGRAMA

—¿Conque al salir del Casino
dejastes á don Rafael
para ir á dormir, indino,
con una *turca* al hotel?
Contesta, ¡infame! ¡asesino!
¿quién es esa descocada?
—¡Mujer, me dejas absorto!
mas... ¡ah! ¡ya caigo! mi amada
es *turca* recién llegada...
—¿De dónde?

—*Vino de Oporto.*

Moisés N. Castellanos.



Dr. D. Pedro Goyena

EMINENTE ORADOR Y LITERATO ARGENTINO

***

Dicen los sabios que la blanca luna
las aguas mueve del tranquilo mar;
¡una mirada de tus ojos, una,
el mar de mi alma consiguió agitar!

PEDRO GOYENA.

EXTRAÑO PROBLEMA

¿Por qué conservo tu recuerdo grato
tan vivo en mi cerebro,
si el alma que me alienta ya no es alma,
según dices, sonriendo?

¿Cómo tu imagen se quedó grabada,
cual con buril de fuego,
en mi intranquila y soñadora mente?
¡Ah, no! ¡no lo comprendo!

¿Cómo en nerviosa célula al fin pudo
fijarse tu recuerdo?
Si tu recuerdo es sol, ¿cómo engarzado
quedó en míseros nervios?

Me confundo, y por más que me lo expliques
no llegaré á entenderlo...
¡corriente cerebral sólo cariño!
¡materia el pensamiento!

¡Ah! ¡qué extraño problema! me parece
que no he de resolverlo;
¡renunciar á creer que tengo un alma
si con otra yo sueño!

Eso es cambiar el puente que nos une
al Hacedor Supremo
por otro que, al unirnos á la bestia,
nos lleve sólo al cieno.

¿A qué bajar al lodo? Me repugna
ese triste descenso;
la escala del amor es más hermosa...
¡siempre conduce al cielo!

ADELA CASTELL.

Montevideo, 1892.

EL PODER DE LA ILUSIÓN

PEQUEÑO POEMA EN FORMA DE MONÓLOGO

(Panteón de familia
en el centro de un cementerio)

I

RAIMUNDO. *(Saliendo del panteón)*

La vista de la muerta ha suspendido
mis terribles batallas interiores.
Al salir y al entrar sólo he sentido
que, impregnado en el aire removido,
el polvo me cegó de mis mayores.
(Tocando el mármol del panteón).
Ya me siento tranquilo
al tocar con mis manos
el panteón, que es el postrer asilo
de mis padres, mi esposa y mis hermanos.
No sólo por España,
por todas las regiones europeas,
su imagen fiel me persiguió con saña;
hoy torno á ver su tumba, y ¡cosa extraña!
ha vuelto la salud á mis ideas.
Cuanto más de ella huí, con más empeño
me persiguió; y ahora que la toco
ya dejo de estar loco
y puedo ver la realidad sin sueño.
Y es que sólo en la ausencia
me persigue su sombra inexorable...
¡Nunca pude pensar que en la existencia
lo que hay que temer más es lo impalpable!

II

(Con aire pensativo)

¡Cuánto abruma el pasado mi presente!
Yo maté de pesar á aquella santa
cuando al llamarla *infiel* injustamente,
la ahogó un ¡ay! más allá de la garganta.
¡Pobre Enriqueta mía!
Mirándome aquel día.

con sus ojos que ahondó la desventura,
—¡Soy honrada y te adoro!—me decía...
¡Con qué gusto daría
mi vida y mi razón por la locura!
Mas ¿cómo era posible que su encanto
mis celos no excitase y mis deseos,
si en teatros, en calles y en paseos
los hombres todos la miraban tanto?...
¡Qué injusticia la mía!
Al verla por los hombres admirada,
yo, sin poderlo remediar, sentía
los celos de una carne sublevada.
Condenando al desprecio
mi celosa ternura
por haber calumniado como un necio
su virtud, que era un pan sin levadura,
maldigo mi demencia
que llegó hasta dudar de su inocencia
porque los hombres la miraban tanto...
¡Oh, qué amargo es el llanto
que cae gota á gota en la conciencia!

III

(Con resolución)

En fin, todo pasó: vuelvo á la vida.
Las sombras bajan ya de las montañas.
Dejaré en paz á la mujer querida
que desde el fondo amé de mis entrañas,
y después, despertando
la sed de la ambición y de la gloria,
tal vez me iré aliviando
cuando vaya borrando
el óxido del tiempo su memoria.

IV

(Comienza á alejarse)

Pero... ¡Jesús!... ¿Qué es esto? Ya en mi mente
clava su rostro hermoso...
es inútil luchar inútilmente.
Doy un paso y, turbando mi reposo
vuelve á pasar su imagen por mi frente,
convirtiendo lo real en nebuloso;
y apenas huyo de ella cuando empieza
á pesar sobre mí mi mal destino
y á formar el dolor en mi cabeza

del cielo y de la tierra un remolino.
¿Cómo ha de hallar mi corazón la calma
si dejo el cuerpo y me persigue su alma?
¡Qué horrible desvarío!
Llena de ira y de espanto mi conciencia,
siento un calor que se parece al frío,
y, en confusa apariencia,
dando vueltas el mundo en torno mío,
parece que voy viendo la existencia
como el que anda volcado en el vacío...

V

(Volviendo á alejarse)

Intentaré de nuevo... Nada... nada...
¡Vengativa, tenaz, celosa é inquieta,
de mi cuello colgada
su sombra es más pesada que un planeta!
Y, aunque tarde, comprendo
que jamás podré huir de este martirio,
pues conforme me alejo, voy subiendo
la escala del furor hasta el delirio;
y es mi desdicha tanta
que en vano intento adelantar mi planta,
pues, sonámbulo eterno de lo mismo,
veo en torno flotar algo que espanta,
y dos manos que se alzan del abismo
me aprietan cual dos garfios la garganta.

VI

(Momentos de indecisión)

Todo esto es un horror; pero adelante...
(Se oye el toque de oración de la campana del cementerio).
¡La oración! A su anuncio, vacilante
siento el dolor con el que todo acaba,
y me inspira tal fe, que en este instante
si me acordase de rezar, rezaba.
Perdona ¡oh Dios! si al rezo indiferente
viví en la paz lo mismo que en la guerra
desde el día fatal en que, inclemente,
un puñado de tierra
me apartó de mi madre eternamente.

VII

(Con desaliento)

No quiero luchar más á ser vencido.
¿Qué importa la existencia al que está cierto
de que todo hombre muerto
es tan feliz como el que no ha nacido?
Está echada la suerte.
Voy á dar fin á la existencia mía.
Pase el polvo animado al polvo inerte.
Ya César lo decía,
vale menos la vida que la muerte.
¿Para qué he sufrir tantos horrores
si el vivir es luchar con lo imposible
y el mundo un sustentáculo insensible
de todas nuestras penas y dolores?
Su sepulcro será mi último asilo.
Viví sin paz, mas moriré tranquilo.
Después de entrar en él, desesperado,
cerraré el panteón, y de este modo,
por el hambre y la asfixia asesinado,
en el polvo caeré, que es fin de todo.
¡Voy, voy, ser adorado!
¡Desclava tu memoria de mi frente,
que en tu mismo sarcófago, á tu lado,
me acostaré á dormir eternamente!
¡Sueños míos, adiós! ¡Muero impasible
al toque funeral de esa campana,
pues me causa un tormento irresistible
la fuerza atroz de la ilusión humana,
el mágico poder de lo invisible!...

(Entra en el panteón, cierra la puerta y cae el telón).

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EPIGRAMA

—¿Conque te vas á casar
con Casilda, amigo Arteche?
—Pues esposa he de *tomar*,
mejor no la he de encontrar,
siendo mi hermana *de leche*.

LA MÁSCARA DEL DOMINÓ NEGRO



L señor López? pregunté á la sirvienta, una muchacha de ojos picarescos y no mal parecida.

—Está en cama, me contestó con aire de cómica gravedad.

—¿En cama á las dos de la tarde?

La muchacha hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¡Ah! ¡ya comprendo! ¿sin duda el *trancazo?*...

—No, señor, contestó: *su mujer*.

—Pues esa es *enfermedad* antigua, pensé yo.

Y pasé adelante.

Pocos minutos después estaba al lado de la cama de López, á quien encontré presa de una excitación nerviosa extraordinaria.

—¿Qué tienes? le pregunté, no sin cierto sobresalto, al ver su desasosiego.

—No es nada, contestó, sentándose en la cama y procurando, aunque inútilmente, sonreirse; voy á levantarme... ¿quieres alcanzarme el frac?

—¿El frac? repetí con extrañeza y mirando fijamente á López, pues creía que se había vuelto loco.

—¡Digo, no! ¡el sombrero! replicó con aturdimiento. ¡Ah! dispensa, querido amigo; pero desde la noche del martes de Carnaval que no sé dónde tengo la cabeza.

—Pues si no sabes dónde tienes la cabeza, desdichado, ¿para qué quieres el sombrero?

—¡Si supieras, continuó, bajando la voz, cuánto he sufrido desde aquella noche! Yo era el ser más feliz de este globo terráqueo: mi mujer me adoraba, yo adoraba á mi mujer,

todos nos adorábamos, cuando héte aquí que se le ocurre al demonio de la tentación, á quien no había vuelto á ver desde que era yo soltero, llevarme á las máscaras... En vano me resistí; en vano luché conmigo mismo antes de caer en sus artificiosas redes... la idea de hacer una calaverada empezó á germinar en mi cerebro, y poco á poco fuí cediendo á las sugestiones infames del espíritu del mal, ¡yo, que hasta



entonces había sido un borrego, aunque sea mala comparación!

—¡Pero, hombre! le dije en tono jovial; yo creo que exageras tu falta.

López meneó tristemente la cabeza, y dijo:

—Es que tus ojos no han medido toda la profundidad del abismo en que caí... ¡como que estoy avergonzado de mí mismo y no me atrevo á presentarme delante de mi mujer desde aquella funesta noche!

—¿Acaso descubrió tu infidelidad? porque supongo que cometerías alguna infidelidad...

—¡Y gorda!

—Mas, ¿cómo supo Clara?...

—Figúrate que pretexté un viaje á un pueblo cercano, con el objeto de gozar de entera libertad durante la noche del martes de Carnaval, y me despedí de mi mujer con todo el aparato que reclamaban tan solemnes circunstancias, porque era la primera vez que nos separábamos... de noche.—Adiós, esposa mía, la dije echándola los brazos al cuello y ensayando un sollozo que no me salió del todo mal; acuéstate y duerme tranquila y no te abandones á la aflicción, pues una noche pronto se pasa... sobre todo en Carnaval; mañana vendré en el primer tren, que llega muy temprano, y... ¡vamos! adiós, hija, no llores...—Y salí precipitadamente de mi casa, pues el llanto de mi mujer empezaba á enternecerme, ¡y como Dios me ha dado un carácter tan poco firme!... En fin, que fuí al club.

—¿Y no temiste que te viese alguna amiga de tu mujer y te denunciase á su enojo?

—Todo lo había previsto; me puse una peluca rubia y



una barba postiza, que me desfiguraban por completo; tan desconocido estaba, que yo mismo, al ver reproducida mi imagen en un espejo, en medio de la brillante multitud que poblaba los salones, me dije distraído:—¿Quién será ese mamarracho?

—Pues yo creía que en los clubs no se permitía el disfraz á los homhres.

—Efectivamente, pero estaban tan admirablemente hechas la peluca y la barba y con tal habilidad me las había colocado ese demonio de peluquero francés que hay al lado de casa, que nadie hubiera sospechado el engaño. Pero volvamos al club.

—¡Hombre! ¿ahora?

—Déjate de bromas. Una vez en él, empecé á pasar revista á las mujeres y no tardé en sentir mareos... ¡qué formas tan tentadoras! ¡qué palpitar de carnes sonrosadas y desnudas! ¡qué relampaguear de ojos! ¡cuánta fascinación en las sonrisas! ¡qué encanto en las voces! ¡qué torbellino deslumbrador de gasas, y encajes, y sedas, y cintas, bajo los torrentes de luz de los focos eléctricos que inundaban los salones de plateadas claridades de luna! Cuando más embebido estaba en la contemplación de aquel cuadro lleno de color y de luz, lleno de movimiento y de vida, sentí que alguien se apoderaba de mi brazo, y oí que una voz murmuraba á mí oído:—¡Ten prudencia ó estamos perdidos!—Volví el rostro y ví una máscara cubierta enteramente con un dominó negro, sobre cuyo pecho brillaba un ramo de rosas...

—¿Y parecía bella?

—La flexibilidad de su talle, la redondez de su seno, el timbre de su voz, el brillo de sus ojos... todo, en fin, me denunciaba una mujer adorable, en la florida primavera de la juventud. Sus palabras, como supondrás, me sorprendieron no poco, pero por grande que fuese mi perplejidad, no dejé de comprender que la máscara me había tomado por otro.

—¿Y la sacaste de su error?

—¿Yo? ¡un demonio! Eso habría sido lo mismo que volverse á la tierra desde los dinteles... del cielo.—Bailemos, Fritz, me dijo la misteriosa joven con acento tenue; pero no olvides que hay ojos que nos observan y que la más pequeña indiscreción puede costarnos cara...—Y luego, bajando aún más la voz, agregó:—¡*Él* está aquí!

—¿El marido?

—O el amante... ¿quién iba á adivinar? por mi parte fingí la más completa inteligencia, resuelto á seguir la aventura hasta el fin, y dije con sonrisa desdeñosa:—¡Ah! ¿conque *él* está aquí? ¡pues mejor! así verá que no estoy dispuesto á cederle mis derechos á tu amor y que...—pero me detuve, temeroso de haber ido demasiado lejos, porque, después de todo, yo ignoraba quién era *él*... y bien podía ser su abuelo.



—Y la máscara, ¿qué dijo?

—Que aquel rasgo de temeridad le probaba toda la intensidad de mi pasión, puesto que no vacilaba en desafiar las furias de *él*... y que no se arrepentía de haber acudido á la cita que yo le había dado... porque parece que yo le había dado una cita, cosa que no dejó de causarme alguna sorpresa.

—Pues no comprendo cómo pudo equivocarte con otro hasta ese extremo; ¿tan grande sería la semejanza?

—Yo no lo extraño; la historia y la leyenda mencionan casos parecidos.

—Continúa.

—Continúo; bailamos un schotiss... el schotiss más delicioso que he bailado en mi vida, dicho sea con perdón de mi mujer; la máscara me miraba cada vez con ojos más enamorados... ¡si hubieses visto con qué voluptuoso abandono se mecía en mis brazos! mi sangre ardía, mi cabeza sentía súbitos desvanecimientos y me parecía que el suelo faltaba á mis pies y que me hallaba suspendido, entre el cielo y la tierra, abrazado á un ángel!... Por fin cesó la música... ¡ah! ¡qué schotiss tan rápido y fugaz! el placer le había prestado sus alas de alondra... La máscara se asió de mi brazo, y maquinalmente nos dirigimos á un gabinete desierto, lleno de plantas y flores.—Estoy cansada, me dijo de pronto, dejándose caer, con adorable abandono, en un diván azul.—¿Por qué no te quitas el antifaz? murmuré con voz insinuante; estamos solos y...—¡Imprudente! contestó, irguiendo el talle y con acento de dulce reconvención; ¿has olvidado que nos acechan? Gracias á un ardid sugerido por el afán de verte y hablarte, he podido burlar la vigilancia de *él* y acudir á tu cita, Fritz; pero con tan mala fortuna ¡ay! que antes de divisarte entre la brillante multitud que invade los salones, he visto aparecer ante mí, como un espectro, la figura siniestra de ese hombre... ¿quién le ha traído aquí? lo ignoro; tal vez la casualidad; quizá la traición de mi doncella; lo único que sé es que no apartaba de mí los ojos y que me seguía á todas partes silencioso como una sombra... Si tuviese la certidumbre de que le engaño, no lo dudes, Fritz, me mataría... y te mataría á tí. Más de una vez, al verte delante de la reja de mi casa, donde en vano esperabas que me asomara tras de los hierros, duros como los de una cárcel, á escuchar tus amorosas cuitas, sintió impulsos vehementes de arrojarse sobre tí y arrancarte el corazón.

—¡Diablo!

—En fin, chico, te juro que aquello empezaba á hacerme poca gracia; temía que la aventura acabara en desventura y

sentía haber renunciado, aunque fuese momentáneamente, á las dulzuras del hogar por placeres efímeros como las rosas... De pronto se aproximó á la desconocida otra máscara y la habló al oído; mi amada lanzó un grito ahogado, se levantó precipitadamente de su asiento, me tomó del brazo y me dijo:—¡Huyamos!—Pero... ¿por qué? exclamé yo vivamente sorprendido, no sabiendo á qué atribuir aquel brusco movimiento de terror.—Hemos sido descubiertos, dijo la máscara, y el miserable nos busca... ¡Dios quiera que no sea demasiado tarde!—Y poco menos que arrastrándome me condujo fuera del gabinete; atravesamos un salón y descendimos por la ancha escalinata de mármol... Una vez en la calle, la máscara hizo señas á un cochero, y pocos segundos después subía al carruaje; quise subir yo también y me rechazó suavemente diciéndome:—Es necesario que nos alejemos uno de otro; razones poderosas me obligan á ello, pero te juro por nuestro amor que en breve volveremos á reunirnos para no separarnos más...—Y sentí en mis labios la llama de un beso. Partió el coche como una exhalación y poco después tomaba yo el camino de mi casa, con la cabeza hecha un volcán. A medida que me aproximaba sentía que algo me mordía en la conciencia... sin duda era el remordimiento de haber olvidado á mi pobre mujer, que es una santa... de geniecillo algo fuerte, eso sí. Empezaba á clarear; por fin llegué á mi casa y entré sin que nadie me viese; todos dormían; me dirigí á mi habitación, me quité el traje de baile, entré sigilosamente en el dormitorio de mi mujer, á pedirle mentalmente perdón por mi falta... ¡y me quedé aterrado!

—¿Qué dices? ¿no estaba allí?

—Sí, allí estaba... durmiendo; pero junto al lecho había una silla... ¡y en la silla un dominó negro, sobre el cual se veía un ramo de rosas!...

—¿Conque era ella?

—¡Sí! ¡era ella! pero yo... ¡no era yo, sino Fritz!... ¿entiendes? Entonces comprendí á Otelo, aun puesto en música, y sentí celos atroces, celos africanos... de mí mismo.

—¡Bah! Clara sabría lo de la peluca y la barba postiza.

—Únicamente una persona conocía el secreto, el peluquero, y al principio no sospeché de él.

—¿No sabes que los peluqueros son como las mujeres, que no saben guardar un secreto? El francés se lo contaría en confianza... á todo el barrio.

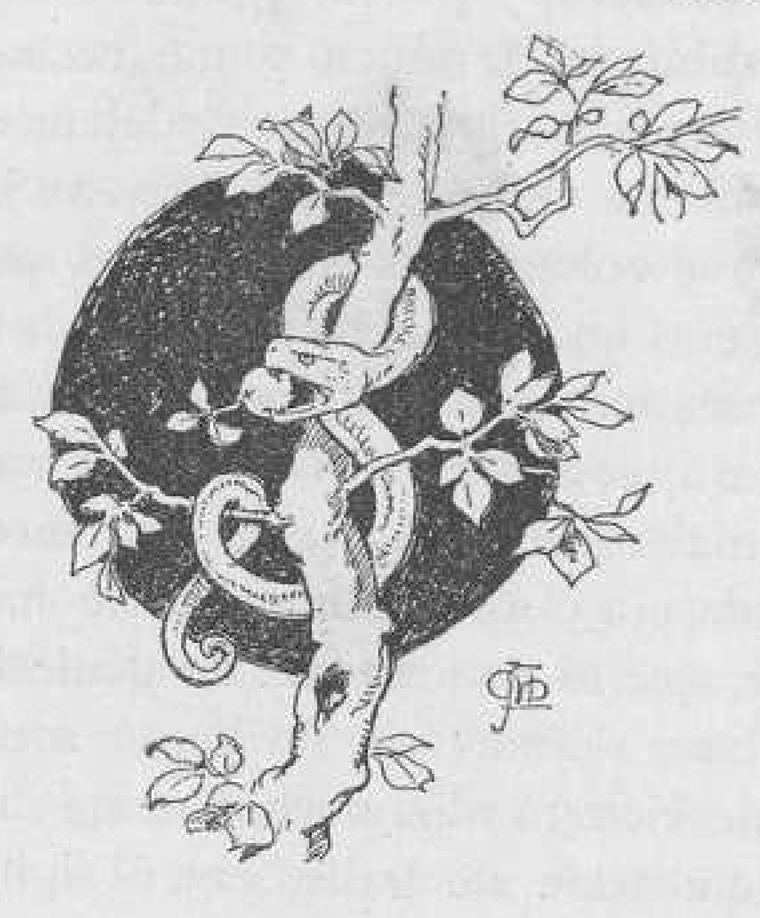
—Así fué, en efecto.

—¿Y no has visto á Clara?

—No me he atrevido todavía; estoy aquí, desde el miércoles de Ceniza, enfermo... de vergüenza: una enfermedad nueva.

—Pues ya sé qué dirán las mujeres: que es lástima que no sea contagiosa.

Casimiro Prieto.



EPIGRAMA

—Si pregunta mi marido
adónde fuí, le dirás
que á ver á *Fausto*.—Entendido,
responde el gallego Blas.
Llega el esposo, y por Clice
preguntando desde luego:
—Fuese con don Fausto, dice
tranquilamente el gallego.

Washington P. Bermúdez.

NOVIEMBRE

(AL CAER DE LAS HOJAS)



OTOÑO toca á su fin;
pierde su verdura el monte;
cesa el rústico trajín,
y en brumas el horizonte
trueca tintas de carmín.
Los bosques son muchedumbre
de esqueletos que se agitan;
comienza á blanquear la cumbre
y los labriegos tiritan
y se acercan á la lumbre.
Hierba que jugosa crece
no es de las selvas alfombra;
la luz solar palidece,
y no se busca la sombra,
y muy temprano anochece.
Sopla el viento y viene helado;
se ven muchas nubes rojas,
y en tierra el pastor echado,
las amarillentas hojas
esparce con su cayado.
Es que Noviembre camina
y tras él llega el invierno;
es que la vida declina,
y el frío su manto eterno
tiende de monte á colina.
¡Cuánto y cuánto humano ser,
cuánto cuerpo dolorido,
y harto ya de padecer,
caerá en la nada vencido,
de las hojas al caer!
¡Cómo el gemido del viento,
en el desnudo ramaje,
imita el triste lamento,
del que ve de eterno viaje
aproximarse el momento!
¡Cómo la niebla al cubrir,
del espacio el ancho tul,
aquella niebla fingir

sabe que empaña el azul
de los ojos al morir!
¡Cómo, ciega y tenebrosa,
dice, con voces de horror,
la noche al alma medrosa:
¡Mira! ¿ves? de mi color
es el fondo de la fosa!
¡Cómo la nieve, que viste
con manto helado la tierra,
una y otra vez insiste,
gritando desde la sierra
con voz cariñosa y triste:
«Llegad, llegad hasta aquí,
doncellas, niños, ancianos;
soy tan blanca como fuí;
con vuestras débiles manos
cortad sudarios de mí!»
¡Hoja del árbol caída,
hoja seca del Otoño,
da al árbol tu despedida,
que no verás el retoño
del árbol que te dió vida!
. . . .
Y va Noviembre avanzando,
y los débiles muriendo;
y el día sigue menguando;
sigue la noche creciendo,
y en las montañas nevando.
. . . .

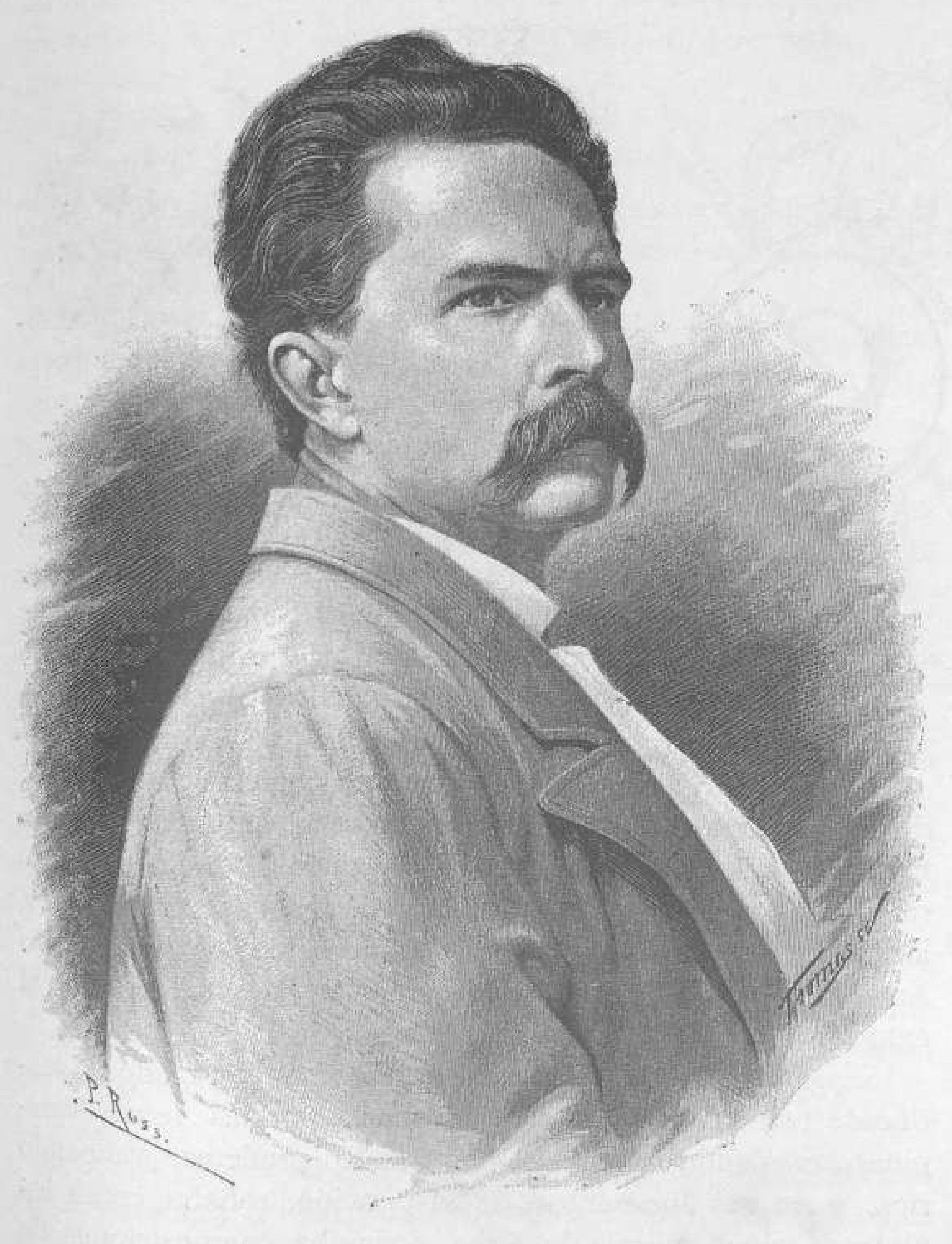
José Echegaray.

LA SAL DE LAS ANDALUZAS

—¿Andaluzas?
—Sevillanas.
—La chica vale un Perú.
—¿Y la mamá? ¡mira tú
que no las hay más *barbianas!*
Aunque jamona, dan ganas,
su hechizo al ver sin igual,
de ir y abordar á la tal...
¿Cómo esas mujeres, dí,
pueden conservarse así?
—¡Qué quieres! ¡con tanta *sal!...*

Casimiro Prieto.

PROSADORES Y POETAS AMERICANOS



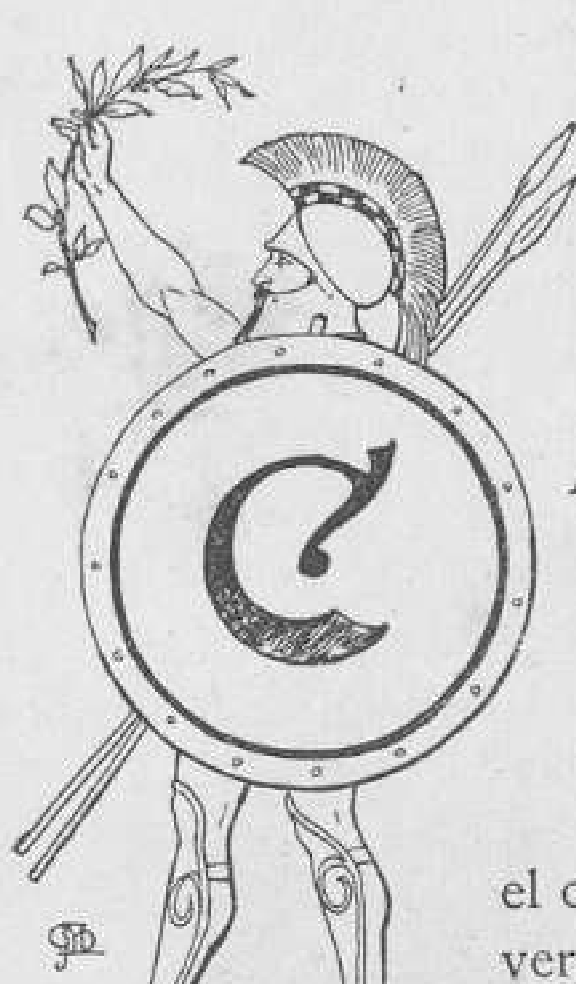
Jorge Isaacs

EMINENTE LITERATO AMERICANO

PROSADORES Y POETAS AMERICANOS

JORGE ISAACS

« Hay vidas que se parecen á la hierba solitaria que nace en medio de las arenas abrasadas por el sol. » —MIGUEL CANÉ.



CALÍ es un pintoresco y poético pueblo, situado al pie del valle que besan rumorosas las ondas del Cauca, alejado del fragoroso tumulto de las ciudades, del oleaje de las pasiones encontradas y de la corrupción de las populosas capitales. Sitio agreste, en el cual deslizóse tranquila y sonriente la primavera de la vida de Jorge Isaacs, inspirándose en las galas de ese territorio tropical, opulento de savia y ataviado por los caprichos de una vegetación lujuriosa y exuberante.

Colombia y Venezuela son hermanas gemelas en la poesía, dos repúblicas fecundas en trovadores. La configuración topográfica, las montañas que las circundan, los ríos que las riegan, los valles que las embellecen, los bosques umbríos, las selvas vírgenes, la apacible serenidad de las noches, las auroras y los crepúsculos predisponen á la meditación y al éxtasis.

Jorge Isaacs se templó en ese ambiente embriagador, identificóse con la vida pastoril, corriendo por las verdes campiñas, escalando montes, atravesando praderas, vadeando ríos, y en sus momentos de inspiración, robaba, como los pintores, algún paisaje delicioso, ó rimaba composiciones de sentimiento como *La vuelta del recluta*, que hiere el alma en sus vibraciones internas y cuya intensidad corre parejas con las baladas alemanas de Uhland.

Isaacs no ha tenido una educación intelectual en el sentido

europeo, aunque no carecía de un juicio maduro, de una imaginación soñadora y de un talento complejo, solidificado en la lectura de los clásicos antiguos y en el estudio de los coetáneos, que le iniciaron en los misterios y reglas del buen decir.

Cuando en 1877 apareció en Buenos Aires el elegante volumen que contenía las rimas del esclarecido novelista colombiano, fallaron los jueces más conspicuos que en materia de crítica contaba la confederación, enalteciéndolo unos y haciéndole severísimos reproches otros.

Solicitado el juicio del entonces presidente de la República, Nicolás Avellaneda, lo dió desde el trípode augusto cual nuevo Júpiter, pretendiendo sepultar bajo el escalpelo de su acerba crítica y de su sistemática y convencional escuela la seguida por Jorge Isaacs, condenándolo abiertamente, con una saña y encono injustificados y que no esperábamos de un criterio tan agudo, como era el del literato-magistrado, que dejó tan hondo y prematuro vacío en las letras argentinas.

Las razones aducidas y en las que basó su opinión extraviada, digámoslo sin buscarle atenuantes, no fueron dictadas por un sentimiento de serena imparcialidad ni de estricta justicia, y algo que no conocemos, alguna insinuación malévola ha de haber intervenido en la severidad y en la acritud con que juzgó al que, sin ser un gran poeta, no era por cierto un vulgar versificador.

Salió entonces á la palestra, en defensa del bardo motejado, Santiago Estrada, y en una refutación persuasiva y elocuente destruyó lo escrito por Avellaneda, con acopio de erudición de buena ley y con un lujo de argumentación irrebatible.

—

Ahora, dejando de lado esa polémica fogosa, sostenida con igual briosidad é intrepidez por ambos contendientes en la región de las nubes, y las pasiones que hayan podido suscitarse en pro ó en contra de las escuelas en pugna, lo decimos, el número mayor de sus poesías tienen un defecto capital, —que salta á la vista hasta de los profanos,—la incorrección, defecto de que adolecen y del que no se dan cuenta los

poetas noveles, y que proviene de la fecundidad llevada al período álgido de su mayor expansión, de ese afán inexplicable y contraproducente de producir y producir á destajo, lamentable y rápido derroche de inspiración que se desborda como un río al salir de madre, en centenas y centenas de estrofas, aminorando el mérito y la intensidad de las ideas, que se empequeñecen en la estructura pobre é incorrecta del verso.

¡Si en vez de la cantidad se mirase la calidad! ¡Si este bardo, en vez de expandir su musa, dando rienda suelta á caprichos é impresiones fugaces en tantas rimas en las que no vemos el arranque épico en el grito de batalla ó en la maldición violenta, y el acento tierno y elegíaco al llorar as desdichas de la patria ó al evocar melancólicos recuerdos amorosos, las hubiera refundido en una, como su compatriota Diego Fallon, quizá sería el príncipe de los poetas colombianos!

Excogitando lo más perfecto en el laberinto enmarañado de sus composiciones poéticas hallaríamos á lo sumo media docena que no se resentirían de la falta señalada; las demás, lo afirmamos sin jactancia,—no por el prurito de hacer alarde de conocimientos que no nos sobran, sino porque es la verdad desnuda y tal cual debe estamparse, á lo menos como entendemos nosotros la poesía, que no admite términos medios,—si bien se levantan de la mediocridad, no alcanzan á tener los contornos severos ni las proyecciones luminosas de la estrofa artística.

—

Isaacs ha padecido y sufrido mucho, muchísimo; lo que no es dable concretar, moral y físicamente; ha tenido sus noches negras y sombrías y sus horas de amargura indecible, en que acarició la idea del suicidio como un supremo bien. La fatalidad le habría llevado á las puertas de la muerte si no hubiera reaccionado á tiempo contra esa resolución extrema, forjada en un rapto de locura sublime, cuando el dolor inexpiable había llegado al paroxismo y la desesperación había pasado ya por todas las formas del delirio, amenazando hacer estallar el corazón.

Apuró hasta la hez la copa amarga del martirio, y el sufrimiento quebró en sus labios la sonrisa. Por esto no se le verá descender nunca de su olímpica gravedad, para bajar á la humorada fina ó al chiste ingenioso; siempre allá sobre el páramo sombrío ó la llanura verdosa, el alma triste del cantor atribulado.

Como Virgilio, como Horacio, como Teócrito, como todos los bardos de real estirpe, tentó el género denominado *pastoril*, practicado en Inglaterra por Burns y Coowper, en Norte-América por Longfellow y cultivado también en este suelo por Estanislao del Campo é Hilario Ascasubi, en lenguaje festivo y modismos gauchescos. Y aunque Jorge Isaacs no fracasó en la tentativa atrevida y audaz, no tuvo ésta repercusión continental, porque el arte, como la ciencia, no permanece un solo día estacionario; evoluciona á tomar nuevas tendencias que destruyen las pasadas.

El positivismo echa raíces profundas. El sentimentalismo ha muerto desde que surgió Balzac. Vivimos de prisa; las jeremiadas y los ayes no se escuchan, su reinado se ha extinguido totalmente. Hasta los lamentos bíblicos de Job y el grito soberbio de Prometeo encadenado, que vienen resonando á través de los siglos, han ido á apagarse entre la carcajada sarcástica de la orgía, el hurra atronador del circo y las aclamaciones delirantes del *frontón*. Estamos de nuevo en plena Bizancio, y en camino de una decadencia inevitable y fatal! Vendrá la transición, vendrá la reacción; pero, entretanto, es preciso amoldarse á las modalidades y á los gustos de esta época sensual, escéptica y materialista y esperar mejores días.

Al leer á Goethe, á Hugo, á Tasso, en su *Werter*, en sus *Miserables* y en su *Jerusalén libertada*, nos sentimos transportados en un relámpago á las esferas superiores del pensamiento y de la luz donde se cierne el genio creador, cual cóndor en los Andes, abriéndose ante nuestra imaginación estrecha horizontes infinitos y grandiosos, mundos de revelaciones ocultas á nuestros ojos inexpertos, concebidos por esos titanes del cerebro, al ser iluminados por el espíritu de Dios. Pero los Hugo, los Goethe, los Tasso, son *fenómenos* raros,

que como los cataclismos volcánicos ó siderales, no se suceden dos en un siglo en todo el perímetro del planeta, y el escritor ó el poeta,—volvemos á insistir,—que intente hacer obra de artista, á la vez atrayente y justa, tiene que reflejar la sociedad, la vida y el medio ambiente de su tiempo, si no quiere desaparecer en la penumbra del anónimo, ó ser arrastrado por las corrientes dominantes de la época.

—

Y ya es hora de que tratemos de *María*, la obra capital de Isaacs, la que lo dió á conocer ventajosamente en el pleno desarrollo de su potencia cerebral, y de la que dijo Cané «que era el único libro escrito en América, que había hecho llorar del Cauca al Plata.»

El armonioso trovador no ha inventado el argumento, ni la novela ha sido una trama puramente fantástica, sino su propia y desconsolada existencia, narrada con tintes diáfanos y sombríos, en que brillan relámpagos de esperanza, dolores eternos, alegrías fugaces.

Escrita en el lenguaje arrobador, sencillo, íntimo, impregnado de un «sello indefinible de tristeza,» que enerva el alma y la hace vibrar á impulso de un sentimiento indómito, en ese lenguaje á veces místico, con el que Lamartine escribió *Graciella*, Chateaubriand *Atala*, Saint-Pierre *Pablo y Virginia*,—las tres columnas del romanticismo francés,—ha sostenido paralelo, según el juicio de un argentino ilustre, con esas obras que tienen sobre sí el rubro de la inmortalidad, y una aureola de luz inextinguible.

La pintura gráfica de los paisajes naturales, las medias tintas del sol al sepultarse en el cenit entre gasas de oro y destellos diamantinos, que iluminan el crepúsculo moribundo, el follaje embriagador de la selva umbría, el sordo cuchicheo de los vientos quejumbrosos, el rumoroso arroyuelo de plateadas aguas alumbradas por la luna, la azulada noche tachonada de antorchas infinitas, la aurora matutina, con su Venus deslumbradora de hermosura, el fresco ambiente de la mañana, los vapores del rocío esfumados por la tierra, las canoras avecillas que vuelan por el jardín y se susurran sus confiden-

cias amorosas, la casa paterna con todas sus nimiedades y candorosos atractivos, y en medio de esas bellezas y secretos encantos de un hogar humilde y feliz, como marco al cuadro, María, la casta enamorada de Efraim, por cuyo amor se extingue lentamente, como las últimas palpitaciones de una lámpara sin combustible, descrita con los primores del artista, que roba con su paleta los colores al cielo.

Ý la serie de sensaciones no interrumpidas que se suceden ordenadamente: el cariño puro de esos dos ángeles unidos por el amor y separados por la fatalidad de su destino tremendo, que interpone primero entre ambos, como barrera insalvable, el Océano embravecido, y luego el abismo pavoroso de la muerte; el retorno de Efraim, después de una peregrinación por el continente oriental; las epístolas sentimentales de María y las escenas de dolor intensas y sensibles que Isaacs nos hace correr bajo los ojos como vistas de un kaleidoscopo, anuncian el desenlace brutal, el angustioso fin, que echa por tierra los sueños azules, los proyectos sonrientes del porvenir y las escenas de paz y de dicha entrevistas, extinguiendo hasta la eternidad la faz celeste de aquel hogar venturoso.

«Ninguna fibra deja de vibrar en esa dolorosa historia, ningún incidente se olvida, y todo es eficaz porque todo es sincero: se siente en ella una vitalidad palpitante, y predispone al lector por no sé qué modificación simpática de la sensibilidad, á reproducir como una lámina bruñida y sonora los acentos de la pasión narrada. Hiere todas las fuentes de nuestros propios amores y nos reimpregna en su caudal, estremeciendo todas las cuerdas de la emoción. Nos hace penetrar en el misterio de aquellas almas cándidas y fuertes, en sus ilusiones, sus congojas, sus zozobras, sus agüeros, sus presentimientos y sus esperanzas, desde el nacimiento hasta el estrago de su fe.—María sucumbe á una enfermedad hereditaria cuyas primeras explosiones amargan las horas de su amor. Su muerte es presentida, esperada. Los jóvenes luchan contra aquella sombría perspectiva, y cuando la efusión de sus alegrías la alejan por intervalos, el ave negra les suscita

dolientes supersticiones que la reproducen tenazmente en su memoria.»

No puede reprimirse el sollozo al leer el pasaje desgarrador de la vuelta de Efraim á la mansión desierta, cuando al caer en brazos de su hermana idolatrada,—que él cree su prometida,—le comunica la muerte de María, las postreras confidencias, los recuerdos infantiles, el árbol secular, las azucenas del huerto, las mil evocaciones que acudieron á los labios de la moribunda, en el instante de la suprema transparencia, y que no pueden ser obra de la imaginación febril, ni delirio del cerebro enardecido; tienen que haberse *sentido,* como las ha sentido Isaacs, para escribirlas.

Será siempre *María*, la novela más subjetiva en su género, más real, más patética y mejor escrita, á pesar de las descripciones sobrecargadas de luces y de matices, de ciertos diálogos sin movimiento y de alguna escena pálida y por demás ingenua, manchas imperceptibles, que no alcanzan á empañar la nitidez cristalina del idilio, ni la serena majestad del conjunto homogéneo, en el cuadro soberbio.

El cincel de Fidias modeló en mármol pentélico la Venus mitológica, é Isaacs, después de afanes y de contratiempos, escribió *María,* inspirada revelación de un espíritu artístico nacido en el Cauca, cuyas maravillas describió con su pluma y cantó con su lira de poeta.

—

Y cuando llevamos el pensamiento á Colombia y meditamos en el autor de esta novela que, muerto para la esperanza, no pulsa ya el arpa celestial del bardo; cuando vemos esterilizarse una cabeza de complexión tan soberana, para encerrarse en un mutismo desesperante, nos vemos forzados á lanzarle una reconvención, un grito de protesta, para que no cuelgue la lira de la que nació *La casa paterna*, y no enmudezca jamás la pluma que creó á *María,* que simboliza en esta parte del mundo, lo que en la otra el *Fausto* de Goethe, esto es: el poema de la juventud y del amor!

Luis Berisso.

Buenos Aires.

BODAS DE ORO



¡Al fin solos!...

EPIGRAMA

Una revista, Bautista
da á luz, dice, desde ayer,
titulada: *El Estadista;*
mal hace en llamar *re-vista*
á lo que nadie ha de ver.

LA VIDA DEL CAMPO [1]

Rosario de la Frontera,
á veinticuatro de Junio
del año de mil y o-
chocientos ochenta y uno.

Señor don Facundo Ruiz.
Mi estimado don Facundo:
—¿Conque usted también envidia?...
(Permita que sin escrúpulos
le suprima el tratamiento,
como en poesía es uso).
¿Conque tú también envidias
la vida de que disfruto
en esta apartada estancia,
sin comerciales apuros,
sin compromisos sociales,
sin inconveniente alguno?
La llamas buena, tranquila
y poética. Presumo
que das demasiado crédito
á los poetas estultos,
los que la encomian, porque
no conocen el asunto.
Será buena si tú quieres:
nada es malo en absoluto,
ni nada es bueno tampoco;
¿pero tranquila? lo dudo;
¿y poética? lo niego.
No sólo lo niego, juro
que hallar poesía en ella
es un soberano absurdo.
Te voy á contar la mía;
prescindiendo del diurno
trabajo; pues serán estas
tareas en que me ocupo
materia de otros romances
que han de interesar al público,
sirviendo el que voy haciendo
de preámbulo ó preludio.
Después de andar todo el día

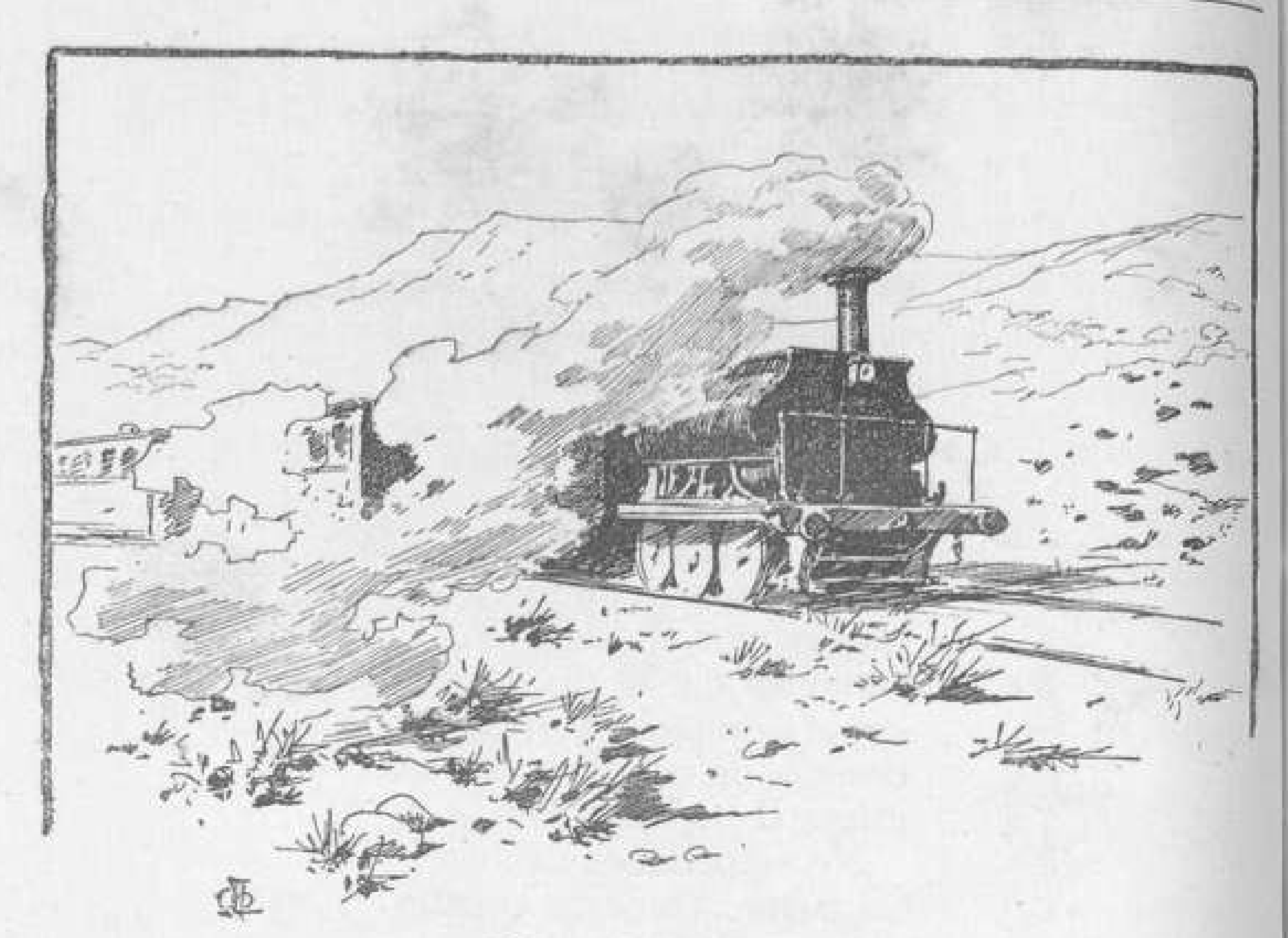
[1] De una colección de romances, inéditos.

trabajando sin gran fruto,
siempre á caballo, por esos
montes y cerros abruptos,
llego á casa por la tarde
con un dolor en los muslos
que no me deja estirar
los entumecidos músculos.
  Sentado en el corredor,
veo llegar uno á uno
los peones del trabajo,
y resuelvo, mientras chupo
el mate que me trae una
china más fea que un susto
á media noche, los graves
problemas de mis asuntos.
—Patrón, ¿qué caballo le ato?
¿el rabicano, el lobuno,
ó el gateado?—El overo.
—Patrón, ¿cuántos bueyes *uño*
mañana?—Los oscos. Hagan
torzales para los yugos.
—Patrón, ya no hay carne.—¡Bárbaros!
Carneen otro toruno,
y van tres esta semana.
Tienes que curar, tú, Rubio,
el ombligo á los terneros
del chiquero, que hay algunos
bastante enmoscados; toma
los palitos y el mercurio.
—Señor, vengo á visitarlo
porque me hallo en un apuro
y precisaba una plata...
—Pues se la pides al Nuncio
cuando le veas.
                En estos
ó parecidos asuntos
suelo entretener las horas
poéticas del crepúsculo
vespertino. ¡Noble empleo
de mis antiguos estudios,
de mi pobre inteligencia!
¡Realidad de los ilusos
sueños de mi juventud,
tan hermosos como absurdos!
  Me voy después á comer
un asado casi crudo
y alguna otra friolera,

con mal vino y con pan duro
cuando los hay, que estas cosas
son artículos de lujo
en el campo. Pero en cambio
deleitan mi instinto músico
desde el pantano vecino
con su concierto nocturno
los sapos, graves cantores,
á los que admirado escucho,
pues nunca pierde el compás
ni desentona ninguno.
Y hay compás y afinación,
no creas que es un barullo
esa eterna serenata
compuesta de coros, dúos
y arias, por el director,
un sapo bajo profundo.
Suelo pasar la velada
jugando una copa al truco
con el capataz y dos
vecinos de los más pulcros,
que traen en manos y barbas
algo de estiércol vacuno,
y hablan del tiempo, del pasto,
de los bueyes, de los burros
y del sexto mandamiento
cuando sublimizan mucho;
con unos chistes, ¡qué chistes!
sazonados con eruptos.
Se van temprano mis tres
distinguidos contertulios
dejando en la habitación
el picante y nauseabundo
olorcillo de sus cuerpos,
aumentado con el tufo
asfixiante de las velas
de sebo con que me alumbro;
pues no hay lámpara que dure
en manos de estos palurdos
enemigos declarados
de cuanto no sea rústico.
Leo un rato y á dormir,
á descansar á mi gusto...
si me dejan los murciélagos,
las arañas, los zancudos,
vinchucas y garrapatas,
pulgas y bichos sin número

que naturaleza pródiga
en estos lugares puso
para que llenen mi cuerpo
de heridas, ronchas y bultos.
¡Bendito sea Noé
que los conservó en el mundo!
El piar de los polluelos;
el aire aromado y puro
peculiar de la mañana;
los pájaros, el murmullo
de la gente al despertar;
algún cercano rebuzno,
y sobre todo la china
trayéndome el desayuno,
anuncian que el día llega,
cuyos primeros efluvios,
después de rascarme un rato,
mientras me visto saludo.
No empezamos todavía
las tareas. Viene un cúmulo
de imposibles que vencer.
Aquí todo cuesta un triunfo
y nadie trabaja sin
darte primero un disgusto.
Mi caballo no parece;
el arador se hizo humo
detrás de los bueyes oscos
que dejó escapar al *ñudo;*
el Rubio se finge enfermo,
dice que le duele el *pupo;*
al otro le falta lazo;
en fin, la mar, un diluvio
de dificultades para
sacarle al trabajo el bulto;
pero no se han descuidado
de carnear el toruno.
Hartos ya todos de carne...
Mas no quiero ser difuso
y dejo para otro día
la relación que te anuncio
de los trabajos de campo
en esta parte del mundo.
Expresiones en tu casa
y hasta otro romance. Tuyo:

F. López Benedito.



EL CUERVO

(FRAGMENTO DE ALGO INÉDITO)

He presenciado en medio del desierto que guarda la memoria de Facundo algunas de aquellas escenas que dejan por mucho tiempo una reminiscencia melancólica, por los personajes y por el escenario.

El llano desolado, polvoroso y de rígida vegetación, despertó también, al fin, al silbato estentóreo de la locomotiva; el primero que se escuchó debía asemejarse al clarín de la resurrección resonando en medio de una inmensa necrópoli. ¡Qué estremecimiento profundo el de aquella silenciosa llanura horadada de tumbas y salpicada de cruces piadosas! Y cómo repercuten á distancias, y con vibraciones infinitas, los toques de alarma del heraldo fantástico, corriendo envuelto en nubes de humo, en chisporroteo de brasas y en remolinos de polvo, á través de selvas descolidas, y flanqueando montañas como centinelas avanzados de los Andes en medio de la planicie!

Intensa fué, sin duda, la emoción que sintieron las aves tristes de esos bosques, consagradas á cantar lamentos de una musa huérfana, abandonada en un desierto, ó á implorar las bendiciones de dioses mudos y sordos casi siempre á las súplicas melodiosas.

Las lluvias se ausentan por largo tiempo, y los pobladores de la tierra sedienta se revisten del color de ceniza de las lavas volcánicas; comienzan á caer rendidos por el hambre y la sed los ganados, y á agruparse y apiñarse en número inverosímil, revoloteando con graznidos lúgubres encima de la res los cuervos deslustrados, de ojos amarillentos por la anemia y ensanchados por el hambre en vísperas de la saciedad! Inmundos espías de la muerte, parecen dotados de un don maravilloso de anunciarla; y es de ver cómo siguen de cerca, á modo de asesinos que esperan el momento oportuno, los pasos vacilantes de la presa cuando va buscando la exigua sombra del quebracho ó del algarrobo donde va á rendir la vida, y cómo se levantan y desparraman alborotados cuando la locomotora les sorprende en su banquete de carne corrompida.

Son los espíritus sombríos del desierto; y revolando sobre las tierras movedizas, junto á los remolinos de polvo que suben hasta confundirse con nubes solitarias y estériles, ellos simbolizan los elementos persistentes aún de un pasado miserable: son los cóndores contrahechos de una magia siniestra, como los reptiles alados que engendró Satanás cuando pretendió formar los ángeles luminosos.

¡Eterna ley de los contrastes! El genio tiene en la historia degeneraciones aborrecibles; el cóndor de los Andes, el ave inmortal de nuestra epopeya, tiene también en el cuervo de impotentes alas y limitado imperio su caricatura repugnante, raquítica, despreciable. El primero anuncia las colosales cumbres donde se presienten las del pensamiento que tiende á divinizarse; el segundo los bajíos pantanosos y áridos, los charcos mefíticos y los panteones repletos por el hambre y la sed; el pájaro de los Andes vuela sereno y olímpico con su cuello casi recto é inmóvil, con mirada fija y describiendo inmensas

curvas como un cometa por el éter inmensurable; el otro apenas se atreve á perder de vista la carne oculta debajo del arbusto, y mientras se cierne encima de ella, tiene movimientos irregulares y nerviosos, guiños de payaso inhábil, miradas torcidas y desconfiadas, como si temiera ser descubierto en una rapiña ó en una usurpación: aquél ostenta y exhibe en sus garras de acero la presa viva arrancada por el derecho de la fuerza soberana, allí donde se lucha para conservar el dominio en combate igual y abierto, y éste se arrastra, agazapándose entre las matas deshojadas, ocultándose de los compañeros para lograr la pieza de su sabor y devorarla á escondidas detrás del montón de tierra ó entre las ramas del árbol: lo que en el uno es la apropiación de lo que cree suyo, en ejercicio de un poder imperial, sostenido con lealtad y proclamado en los amplios y espléndidos espacios bañados de sol meridional, en el otro es el robo sigiloso y astuto, velado é hipócrita, disfrutado con egoísmo, con embriaguez y con hartazgo de pordiosero que logra los restos de un banquete opíparo.

Tiene el cuervo costumbres y modales que recuerdan los de ciertas criaturas humanas, de esas que nacen predestinadas á ocupar las esferas inferiores, las penumbras, los escondrijos nauseabundos; vive siempre alrededor de los parajes habitados, sin acercarse ni huir demasiado, porque lo primero le hace temer por la vida, y lo segundo por la pérdida de la comida fácil.

Con todo el cinismo de los seres abyectos, llega á veces á soportar los golpes de los pilluelos andariegos y los mordiscos de los perros de la casa, presentándose como un mendigo cegado por el hambre, que soporta los agravios mayores con el fin de conseguir el bocado que ha de matárselo. Shakespeare, cuando ha descendido á los negros antros de la miseria, ha pintado algunos caracteres de éstos, que parecen la parodia grotesca y repugnante del hombre. ¿Caliban no es acaso un ejemplar semejante?

Y luego, cuando libre de riesgos, escondido entre los matorrales, vese dueño del pobre animal muerto de sed ó de

fatiga, ¡cómo extrema los procedimientos de su cruel voracidad y de su febril glotonería con cierta predilección de Lúculo por alguna porción delicada de la res corrompida! Con saña de asesino alevoso, de alma de granito, afirma la callosa pata sobre la cara de la bestia muerta, y enterrando el pico arqueado dentro de la cuenca del ojo, lo arranca de varios tirones con tal persistencia que hasta se cree escuchar el rugido doliente de la víctima. No se diga, pues, que es vulgar su gusto gastronómico, aunque la leyenda popular nos explique la razón por qué es el ojo ahora su presa favorita.

Recuerda este pájaro, aislado aún en sociedad, á aquellos amigos que suelen tener los gobernantes mientras manejan caudales y distribuyen favores, ó por lo menos, conceden esperanzas de dones más ópimos; le siguen, le bailan por cerca, le hacen compañía y le amenizan las horas; pero en aproximándose á la cesantía, ya empiezan á mudar de rostro, á trocarse de cortesanos en espías y de cosecheros de mendrugos en olfateadores de carne muerta. Son los amigos de Timón de Atenas, vueltos de espaldas cuando el generoso anfitrión cierra las puertas del palacio para retirarse á los bosques.

¡Cómo cambia el criterio de aquellos hombres sobre los actos del magnate opulento! No se diría sino que una venda cubría sus ojos y que volvieron á la realidad, en la cual sólo hallaron miseria, corrupción y criminales instintos en el que antes adoraron como un patricio ilustre, honra de la tierra y ejemplo de varones.

El cuervo tiene, sin duda, un inmenso talento y honda penetración del porvenir; conoce á maravilla el arte de adivinar la hora y el sitio en que ha de caer la presa; lo sabe mucho antes, y no se aparta desde entonces de la pista. Como aquellos que esperan impacientes herencias de padres ancianos, sería capaz de filtrar una gota de veneno para apresurar el desenlace de su situación incómoda, y se desvela y ayuna muchas noches y días, para hallarse con apetito en el momento del festín ansiado.

Nada, ni las radiantes auroras de los climas tropicales, ni las risueñas músicas que del fondo de las selvas las saludan,

tienen un encanto ni vierten un soplo de poesía en aquella existencia fúnebre: es el ave fatídica, el símbolo sombrío de la muerte y de los flagelos que diezman los campos, y en sentido más extenso, lo sería también de las malas influencias, de los principios destructores que, infiltrados como virus en la sangre de los seres animados y en la savia de los árboles, produce el agostamiento, los raquitismos, las decrepitudes anticipadas.

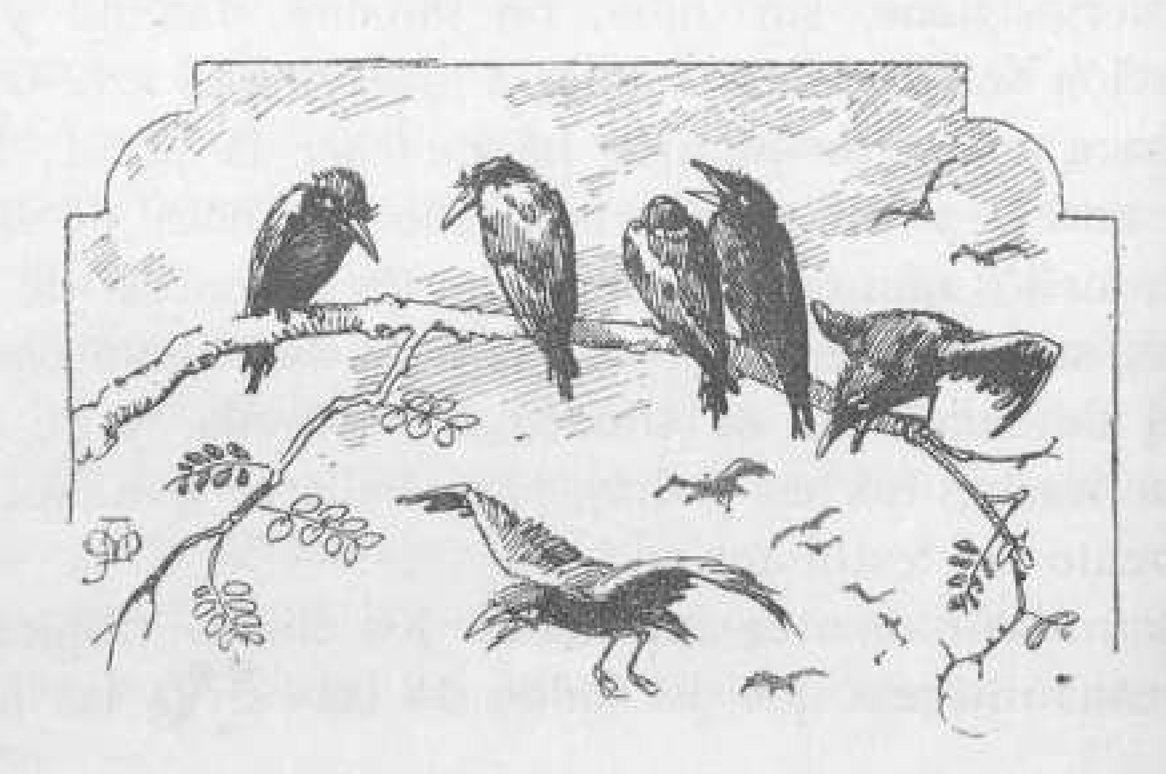
En la llanura interior de mi país, donde ya corre la máquina de vapor, se mantiene como siempre, envuelto en su capa negra, mudo y observador perspicaz, espiando las víctimas del hambre para acercarse á devorarlas, saltando como clown envejecido con movimientos penosos y desairados.

Sobre la copa de un algarrobo medio desnudo, en cuyas ramas escuálidas vense sujetos algunos nidos abandonados, morada ya de insectos ó reptiles, se divisa á lo lejos una bandada de cuervos acurrucados en actitud soñolienta, con las cabezas calvas debajo de las alas fétidas: la locomotora pasa envolviéndolos en nubes de vapor y de humo, y ellos apenas alzan el cuello un instante, y en seguida, con un movimiento de cínico desprecio, vuelven á quedar inmóviles, fingiendo un sueño que sólo es la modorra de una digestión trabajosa ó la actitud de la espectativa inquieta.

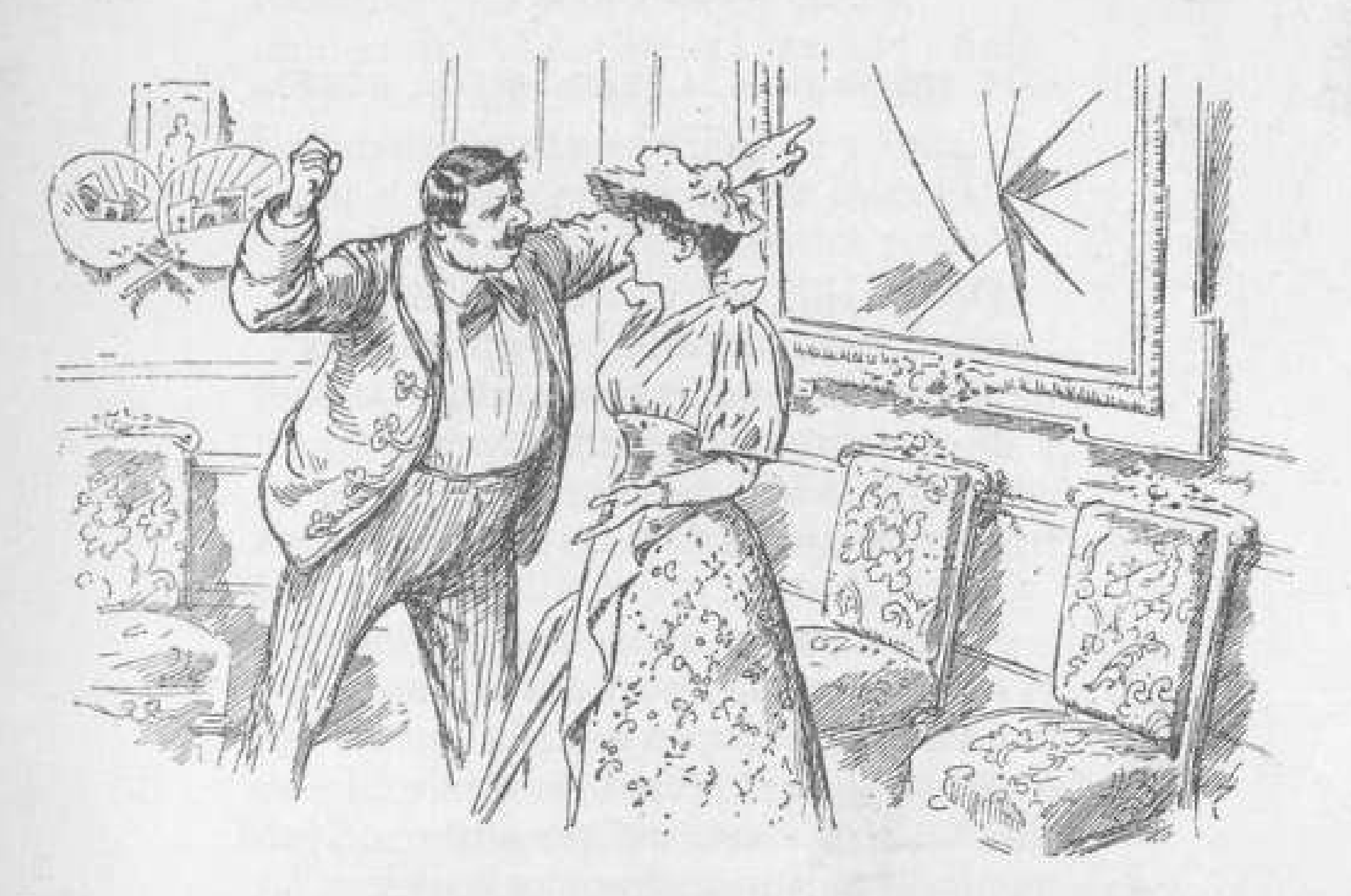
. . . .

J. V. González.

Buenos Aires, Mayo 20 de 1892.



UNA TRAVESURA



—¿Dónde está Pepe?
—Escondido;
no he visto chico más malo.
—¿Qué ha hecho?
—¡Que ha dado un palo
al espejo... y *me* ha partido!

HUMORADAS

EL AMOR DE MUCHAS

O lánzame al horror del fuego eterno,
ó elévame del goce al alto emporio;
pues tu amor que no es cielo ni es infierno,
jamás deja de ser un purgatorio.

SUERTE COMÚN

Son iguales, Leonor, nuestros destinos.
Morirás, como yo, de mal de amores,
porque siempre y en todos los caminos,
tu corazón asaltarán traidores
el tedio y el placer: dos asesinos.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

CARTA

AL SEÑOR DON ALFREDO WEIL, POETA

De la orilla del mar de Galatea,
junto al risueño golfo que aprisionan
de Dïana el temido promontorio
y de Sagunto las sagradas rocas,
estas que el ocio me dictó, os envío,
tributo de amistad, pobres estrofas.

Apenas vuelto á los paternos lares,
ví surgir ante mí, no ya la hermosa,
la enardecida poesía aquella
de mis antiguas juveniles odas,
sino la triste musa del recuerdo
que las muertas imágenes evoca.

Con ella cruzo las ocultas sendas;
oigo que gime en las murientes olas;
pasa cantando entre el ramaje umbrío;
vela al umbral de las pajizas chozas;
me mira con la luz de las estrellas,
me sonríe en las tintas de la aurora;
reza conmigo en el callado templo
ó ante las tumbas de mi amor se postra;
y, sentada á mi lado sobre el césped,
cuando la tarde, al declinar, prolonga
sobre las aguas trémulas del río
de los gigantes álamos la sombra,
con voz, que sólo en mi interior percibo,
de mi alma traza la ignorada historia.

¡Musa de los recuerdos!
¡Aun con ella
todo á mis ojos cambia, y todo cobra
vida, y color, y movimiento!
¡Alegres
campos de eterna juventud! ¡Frondosas
márgenes de los ríos; blanquecinas
y festivas aldeas; pardas lomas
coronadas de pámpanos; azules
sierras lejanas que, unas tras otras,

la frente alzáis para lanzar al llano
vuestras torvas miradas envidiosas!
Inmenso mar y serenados cielos,
todo en mí se concentra, en todo flota
mi renaciente espíritu, y con todo
busco, con ansia enamorada y loca,
forjar y unir, con imposible intento,
de la lira que amé las cuerdas rotas.

¡Ah! si lograse yo que enternecidas
fueran voz de mis cánticos, la forma
no imitaría, nebulosa y triste,
de los vates germánicos. No llora
aquí, soñando inasequibles bienes,
la pasión del amor fiera ó medrosa.
No desgarran nuestro ánimo las dudas
del humano destino y las zozobras
del insondable porvenir. Las nieblas
no enturbian el paisaje ni las pompas
del horizonte espléndido. Los mares
no se estrellan sombríos en las costas,
ni rueda el sol por los plomizos cielos
como astro muerto de apagada escoria.

Aquí aun domina la riente Grecia.
El mar Mediterráneo aún es la copa
donde beben los Dioses. Nuestras hijas
aún guardan el troquel de aquellas mórbidas
Venus de Fidias; nuestros fuertes hijos
aún contra el ágil luchador, la gloria
disputaran del circo. En nuestros valles
aún al compás de rústica zampoña,
la Égloga canta, y el amante Idilio
aún á la sombra del frutal retoza.
Va el pescador con las latinas velas
sobre las aguas de la mar de Roma,
y aún escucha la voz de las Sirenas
que desde el negro escollo le provocan.
Bajo el cristal de las serenas fuentes
las invisibles ninfas tejen solas,
cuando la luna en las tranquilas noches
va á bañarse en sus aguas temblorosas.
Y Apolo vuelve al despuntar el día,
los caballos flamígeros azota,
y cruza el mar, las tierras y los cielos
de pie sobre su carro de victoria.

Por eso, dulce inolvidable amigo,
hijo yo de los héroes y las diosas,
quise, aunque en vano, de mi noble estirpe
dignas hacer mis olvidadas trovas.

Como el desdén al amador incita,
tal me enloquece á mí la veleidosa
musa gentil que cortejé mancebo
y que hoy me esquiva y de mi afán se mofa.

Yo intentaré ablandarla con mis ruegos,
y, cuando lleguen las temidas horas
de la infecunda ancianidad, quisiera
por estos valles y apacibles frondas,
viejo Sileno con la sien ceñida
de húmeda hiedra y de marchitas rosas,
ir guiando el tropel de espigaderas,
cuando el fuego estival la mies sazona,
y, á la vendimia, en las alegres danzas
saltar cogido á las garridas mozas.

VICENTE W. QUEROL.

Cañamelar de Valencia, 7 Septiembre de 1886.

Á BLANCA

(QUE ES MORENA)

No eres blanca, y me alegro; ¿qué porfía
por hallar en lo blanco la hermosura?
Blanco es la negación de la pintura,
la carencia de toda poesía.

Ponerse blanco, prueba cobardía;
blanco el cabello la vejez augura,
como es blanca la nieve, sepultura
de flores, de follaje y de alegría.

Pero en cambio la Virgen fué morena,
y es morena la hurí que esclava llora;
moreno el vino que lagares llena;

moreno el trigo que los campos dora,
y espejo de tu faz limpia y serena,
morena la mujer que el alma adora.

JAVIER SANTERO.

Buenos Aires.

NUESTROS COLABORADORES



Dr. D. Samuel Blixen

DISTINGUIDO LITERATO Y AUTOR DRAMÁTICO URUGUAYO

ESTIVAL

...Perezosamente tendido en una mecedora, veo morir la luz del sol en las vagas tintas crepusculares, y encenderse en el cielo, una tras otra, las estrellitas pálidas que surgen temblorosas cual si temieran caer, al mirarse suspendidas á tanta altura. Llega hasta mí un penetrante perfume de jazmines y azahares, evocando el recuerdo del melancólico canto de Mignon: *Connais-tu le pays où fleurit l'oranger?* Sin ser poeta, siento algo así como si me embalsamara el alma el grato olor que se desprende de la húmeda gramilla. La brisa marina pasa por entre los naranjos y limoneros en flor, cantando bajo, muy bajo, para no interrumpir el misterioso sueño de las cosas. El calor es sofocante: pasan zumbando los insectos; las luciérnagas atraviesan el espacio como chispas fosfóricas. La luna asoma lenta en el horizonte, y al punto, en el hueco más oscuro del follaje, un jilguero, que confunde su plateada luz con la de la aurora, levanta alegre gorjeo, al cual responde otro más distante. Todo es poesía, voluptuosidad, ensueño: la brisa me trae en sus alas el apagado rumor de palabras amorosas que suenan á besos; risas argentinas de niños que juegan en las oscuras sendas de los jardines; notas de piano desengarzadas de una melodía que percibo trunca, y, finalmente, el eco melancólico de una voz de mujer, que solloza una romanza de Tosti en medio de la solemne tranquilidad nocturna. Dulce embriaguez se apodera de mis sentidos: los perfumes del ambiente me enervan; la contemplación del estrellado cielo me fascina; la poesía de la noche infiltra en mi espíritu un extraño enternecimiento, un repentino amor por todo lo que me rodea. Con los ojos llenos de lágrimas absurdas, profunda y sinceramente conmovido, repito en voz baja los admirables versos de Musset:

Ce soir, tout va fleurir: l'immortelle nature
Se remplit de parfums, d'amour et de murmure,
Comme le lit joyeux de deux jeunes époux...

¡Oh, sueño de una noche de verano! ¡Gracias á tí, y una vez en mi vida, he sentido sonar confundidos, en la caja armónica de mi alma, los versos de Shakespeare con las melodías de Mendelssohn!

SAMUEL BLIXEN.

Montevideo.

BALADA DE LA MOSCA

—Yo soy la mosca azul: la primavera
pintó mis alas de color de cielo;
nacida en un rosal de la ribera,
una tarde de Abril tendí mi vuelo.
Vengo toda impregnada de perfume
de la flor que en el valle se consume,
y de la suave brisa que murmura,
refresca la pradera que se abrasa
y después va á ocultarse en la espesura.
—¡Pasa! ¡pasa

—Yo soy la mosca verde: los ardores
del estío que quema me engendraron;
mi ser lo formó el polen que las flores
al céfiro fugaz abandonaron.
Soy el insecto del amor fecundo
que eternamente vivifica el mundo.
De la pasión la savia quemadora,
cuando me acerco al corazón afluye;
yo de la vida soy generadora.
—¡Huye!... ¡huye!

—Yo soy la mosca negra: dióme vida
la descomposición de un organismo,
y con una atracción desconocida
me atrae de la muerte el hondo abismo.
Soy insecto fatídico que zumba
en las fauces abiertas de la tumba.
Voy del anfiteatro al cementerio,
do gusano roedor se multiplica.
Yo te daré la muerte entre el misterio.
—¡Pica!... ¡pica!

MANUEL PUGA Y ACAL.

Méjico.

UNA DESGRACIA



—Cómo me caí aún no atino...
—Tome agua...
—Gracias, mujer;
(¿de qué altura hay que caer
para que á uno le den vino?)

EL PÁJARO

Canta á la luz cuando, al nacer el día,
el oriente se enciende y se colora,
y desgrana en el seno de la aurora
las notas de inefable melodía.

Sus cantares son himnos de alegría,
súplica tierna cuando amante implora,
ayes dolientes si infelice llora
muerta en el nido la adorada cría.

Él enseña al humano sus deberes;
con paciencia y con fe construye el nido.
La hembra, más feliz que las mujeres,

no llora nunca su desdén y olvido;
se aman los dos cumpliendo con ternura
la ley que sabia les dictó Natura.

DORILA CASTELL DE OROZCO.

Montevideo, 1892.



¡Evohé!... Vamos, amantes
á los llanos
donde, ávidas y jadeantes,
corren desnudas bacantes
persiguiendo á los silvanos...

—

El sátiro nos espera
en la sombra...
Brilla un sol de primavera
sobre la fresca pradera...
¡Vamos á la verde alfombra!...

—

¡Evohé!... Despierta, hermosa,
la mañana;
abre su cáliz la rosa;
y en el baño, pudorosa,
Acteón sorprende á Diana!...

—

Sobre el cristal de la fuente
la arboleda
se refleja mansamente...

Pasa una sombra sonriente:
¡la blanca sombra de Leda!...

—

Todo rebosa armonía,
luz y encanto;
todo inspira la alegría;
y el ave en la selva umbría
eleva al cielo su canto!...

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

EN UN ÁLBUM

Dulces y amorosos sueños
de la virgen candorosa
que tomáis en el espacio
blanca y delicada forma;
últimas emanaciones
de la flor que se deshoja,
que os convertís en el cielo
en espíritus de aroma;
yo siento sobre mi frente
vuestras alas temblorosas,
y siento en los labios míos
el beso de vuestra boca.
Lloráis para consolarme
de mis pasadas congojas,
y ese llanto es el rocío
que se columpia en las rosas.
Mas si queréis que no llore,
desde el cielo en donde mora,
si no al ángel que me inspira,
bajadme al menos su sombra.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

1892.

EPIGRAMA

Tu enorme nariz al ver,
sospecho ¡pobre Beatriz!
que si del tiempo al correr
paraste tú de crecer,
aún no paró tu nariz.

FEBEA



FEBEA es la pantera de Nerón.

Suavemente doméstica, como un enorme gato real, se echa cerca del césar neurótico, que le acaricia con su mano delicada y viciosa de andrógino corrompido.

Bosteza, y muestra la flexible y húmeda lengua, entre la doble fila de sus dientes finos y blancos. Come carne humana, y está acostumbrada á ver á cada instante, en la mansión del siniestro semidiós de la Roma decadente, tres cosas rojas: la sangre, la púrpura y las rosas.

Un día, lleva á su presencia Nerón, á Leticia, nivia y joven virgen de una familia cristiana. Leticia tenía el más lindo rostro de quince años, las más adorables manos, rosadas y pequeñas; ojos de una divina mirada azul; el cuerpo de un efebo que estuviese para transformarse en mujer, — digno de un triunfante coro de hexámetros, en una metamorfosis del poeta Ovidio.

* * *

Nerón tuvo un capricho por aquella mujer: deseó poseerla por medio de su arte, de su música y de su poesía. Muda, inconmovible, serena en su casta blancura, la doncella oyó el canto

del formidable *imperator* que se acompañaba con la lira; y cuando él, el artista del trono, hubo concluído su canto erótico y bien rimado según las reglas de su maestro Séneca, advirtió que su cautiva, la virgen de su deseo caprichoso, permanecía muda y cándida, como un lirio, como una púdica vestal de mármol.

Entonces el César, lleno de despecho, llamó á Febea y le señaló la víctima de su venganza. La fuerte y soberbia pantera llegó, esperezándose, mostrando las uñas brillantes y filosas, abriendo en un bostezo despacioso, sus anchas fauces, moviendo de un lado á otro la cola sedosa y rápida.

Y sucedió que dijo la bestia:

—¡Oh, emperador admirable y potente! Tu voluntad es la de un inmortal; tu aspecto se asemeja al de Júpiter; tu frente está ceñida con el laurel glorioso; pero permite que hoy te haga saber dos cosas: que nunca mis zarpas se moverán contra una mujer que como ésta derrama resplandores como una estrella, y que tus versos, dáctilos y pirriquios, te han resultado detestables!

RUBÉN DARÍO.

MI NUEVO MUNDO

I

Cuando cruzaba Colón
el gran oceano que aterra,
dando vida á su ilusión,
gritó, lleno de emoción:
—¡Tierra! ¡Tierra!

II

Presintiendo no sé qué,
vagaba con dulce anhelo,
y cuando, al fin, te encontré,
al contemplarte, exclamé:
—¡Cielo! ¡Cielo!

SAMUEL VELARDE.

Lima.

JURAMENTOS DE MUJER

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA ESPAÑOL

D. FERNANDO LÓPEZ BENEDITO

¿Que si he olvidado á Rosa?
su recuerdo aún me acosa
y encadena, tenaz, mi pensamiento.
¿Que por qué, vengativa ó caprichosa,
faltó á la fe jurada? Escucha el cuento.
Rosa era una muchacha muy sencilla,
acaso tan sencilla como hermosa,
y no causaba á nadie maravilla
que mirase sonriendo desdeñosa,
de este mundo falaz la pompa vana,
y prefiriese con mi amor ufana,
y aun sembrando doquier celos y agravios,
al lujo, al esplendor y á la riqueza,
una flor encendida en la cabeza
y un beso de mis labios en sus labios.
Más de una vez, con tembloroso acento,
me juró que, á olvidarla en hora impía,
á sepultar iría
su dolor en el fondo de un convento,
¡que en este oscuro valle,
cuando un ángel no encuentra más que abrojos,
al cielo torna con amor los ojos!
Y lo que es ángel lo era y de buen talle,
aunque ocultase tras sencillas galas
sus blanquísimas alas.
Angel de labios rojos,
expulsado, quizá, del Paraíso,
no por malo, por bello en demasía,
pues con tales encantos,
era capaz por él, el mejor día,
de pecar el más santo de los santos.
La verdad es que Rosa me quería
con amor tan sumiso,
que rayaba en extraña idolatría.
Y aun cuando yo adoraba á la doncella
y á su cándido afán correspondía,
por fin al diablo plugo

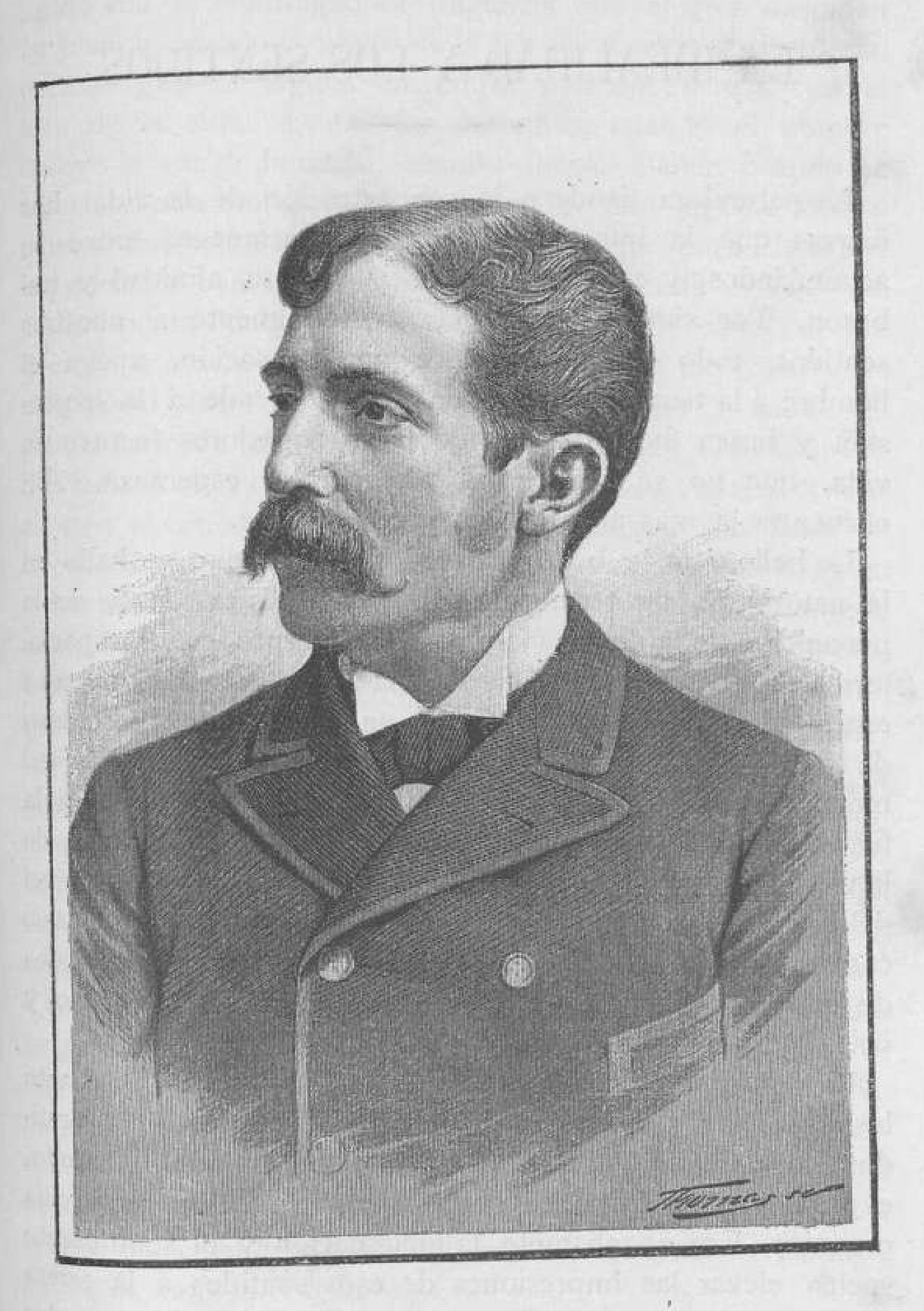
que, hastiado de su amor, huyese de ella,
que el yugo, aunque de flores, siempre es yugo.
Soñando en nuevos goces y placeres,
quise probar fortuna;
y hallé, doquiera fuí, muchas mujeres,
mas como Rosa no encontré ninguna.
Tras de mil desengaños
y de sufrir no pocos sinsabores,
volví al lado de Rosa á los dos años,
dispuesto, á ser preciso, en mi ardimiento,
á disputar al cielo sus amores
y á arrancarla del fondo del convento.
Llamé inquieto á su hogar... ¡Rosa no estaba!
sólo encontré á su madre, que lloraba,
el alma traspasada de dolores...
—¿Y Rosa? pregunté.
—Mal que te cuadre,
dijo la pobre madre,
no me hables nunca de ella.
—Mas yo quiero saber...
—El labio sella
y no aumentes, por Dios, mis arrebatos...
¡Con torpe ingratitud obró conmigo
y para los ingratos
siempre el desprecio fué el mejor castigo!
—¿Rosa, acaso?...
—¿No infieres
de mis quejas aún, que á sus deberes
faltó la desdichada,
dejándome en mi hogar abandonada?
—¡Sospecho la verdad!... Sin duda, Rosa,
burlada en su pasión y fe sencilla,
se hizo por fin, tras calma venturosa,
esposa del Señor...
—Sí tal: esposa
del señor... don Santiago Soldevilla.

CASIMIRO PRIETO.

EPIGRAMA

—¿Por qué, si tiene Delfor
treinta años, dice Belén
que ya ha vivido mejor
y más que Matusalén?
—Porque es un gran *vividor.*

MOISÉS N. CASTELLANOS.



D. Francisco Bauzá

ERUDITO HISTORIADOR Y ELOCUENTE ORADOR PARLAMENTARIO URUGUAYO

LA IDEALIDAD Y LOS SENTIDOS

La naturaleza tiende á la concentración de la vida. Las fuerzas que la informan actúan recíprocamente entre sí, acumulándose y estrechando más y más su afinidad y trabazón. Por eso lo que afecta materialmente á nuestros sentidos, todo lo que produce una sensación, apega el hombre á la tierra. Mas el alma racional tiende á la expansión y busca fuera del mundo físico superiores fuentes de vida, que no se agoten ni ahoguen la esperanza. Allí encuentra la más alta belleza, y crea el arte.

Lo bello, aun lo bello material, lo bello que se halla en la naturaleza, no termina en impresión física. Nace de la percepción de la *forma* (forma de los cuerpos en el espacio, forma del sonido en el tiempo), y la forma responde á eterno espiritual modelo, que infunde en el alma deleite ajeno de sensación. Los animales, privados de razón y de libertad moral, no experimentan este deleite: obedecen de lleno á la fuerza atractiva de la naturaleza, al movimiento orgánico de la vida. Pero si el hombre se degrada, descendiendo al nivel del bruto en sus hábitos y aficiones, entonces no dudo que convertirá en puro deleite físico cuanto alcancen los sentidos de que le dotó el Creador para la doble vida del cuerpo y del espíritu en el universo.

La vista y el oído son propiamente los sentidos mediante los cuales descubre el alma la belleza al través de la vestidura corpórea en que anda envuelta por el mundo. El tacto, el gusto y el olfato no se despegan nunca de la pura vida orgánica. Eso no obstante, la imaginación y el sentimiento suelen elevar las impresiones de esos sentidos á la esfera de los goces morales. Observamos, por ejemplo, que los olores desagradables proceden regularmente de causas nocivas al organismo. Observamos también que, por el contrario, los olores que nos causan placer, el suave ambiente aroma-

tizado con la embriagadora fragancia que alegres despiden las plantas cuando el padre de la luz las acaricia y despierta, parecen guardar alguna misteriosa correspondencia con el bien de la vida. Dañan los perfumes, cuando el hombre desoye la voz de la razón, cuando abusa. Dañan cuando se adunan con la molicie y los vicios. ¡Qué fino ingenio mostró tener el docto crítico (don Juan Tavira), que para significar la perfección con que estaba desempeñada una égloga (del celébre poeta don Juan Meléndez Valdés), dijo sencillamente que *olía á tomillo!* No puede darse nada más expresivo que este juicio sintético admirablemente oportuno y cabal. El manso ruido de los árboles movidos por el aire embalsamado con los mil olores del huerto en la primavera, hacen olvidar el oro y el cetro, según se expresa el maestro fray Luis de León. No es mucho, por tanto, que la humanidad haya en todos tiempos transportado en idea á las regiones del mundo moral los goces físicos que la naturaleza ofrece á los sentidos, aunque se trate de los más terrenos y materiales como el tacto, gusto y olfato... ¡Ah! recuerdo que Moleschott, un sabio, nos advierte que cuando respiramos el aire embalsamado de nuestros jardines, absorbemos verdaderas sustancias excrementicias vegetales, y que no debe admirarse de que ciertos animales coman cuerpos podridos y otras cosas peores quien, como el hombre, saborea con indecible gusto las mismas cosas en las plantas. Observación es ésta capaz de quitarle á uno para siempre la gana de oler la flor de fragancia más exquisita. ¡Buena cosa ofrecemos á una dama presentándole una rosa, un clavel ó un ramo de violetas! Vergüenza debía darnos. ¿Y aquella ciega, vendedora de flores, que tiernamente se lamentaba de no poder contemplar la hermosura de las que tanto oía ponderar y cuyo delicioso perfume conmovía dulcemente su sensible corazón virginal revelándole dichas de amor?... Oigámosla:

Caballeros, aquí vendo rosas;
frescas son y fragantes á fe;
oigo mucho alabarlas de hermosas:
eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mí ni belleza ni gala
tiene el mundo, ni luz ni color;
mas la rosa del cáliz exhala
dulce un hálito, aroma de amor...
Ciérralo, cierra el cerco amoroso,
tierna flor, y te duele de mí;
no en quitarme tasado reposo,
seas cándida cómplice así.
Me revelas el bien de quien ama;
otra dicha negada á mi ser:
debe el pecho apagar una llama,
que no puede en los ojos arder.
Tú á quien dicen la flor de las flores,
sin igual en fragancia y matiz,
tú la vida has vivido en amores,
del Favonio halagada feliz.
Caballeros, compradle á la ciega
esa flor que podéis admirar;
tuvo una que en llanto la riega:
ojos ¡ay! para sólo llorar.

Digan las personas despreocupadas é imparciales, ya se hallen en la florida época de las ilusiones candorosas ó bien en aquella adusta edad que considera gravemente las cosas de la vida y de la naturaleza, digan, hablando con la franca voz de la naturaleza y de la vida, dónde hay más *verdad*, si en la burla del sabio tudesco, ó en el llanto de la ramilletera, recogido en molde tan delicado por don Juan María Maury.

Moleschott es un filósofo materialista, y conforme á sus ideas ha querido desengañarnos de nuestras ilusiones. Santo y bueno. Pero un Moleschott novelista ó poeta, ¿es poeta? ¿es novelista? Hay quién lo pretende.

Brillat-Savarin, varón ilustre de fino ingenio, escribió con singular amenidad un libro famoso (la *Fisiología del gusto*), en que hizo de la cocina un arte no poco elevado, tan elevado, que con serlo tanto la ciencia astronómica quedaba á veces muy inferior á él en sus triunfos. Interesa más, decía el citado autor en las primeras páginas de aquel sabroso libro, interesa más á la felicidad del género humano el descubrimiento de un plato que el de una estrella. Brillat-Sava-

rin, para quien el gusto y el olfato se reducían á un solo sentido merecedor de atenta solicitud, mejoraba la condición del hombre convirtiendo la cocina en un arte erudito y casi bello. Otros que convierten el arte en una cocina, le desmedran moral y físicamente, ofreciéndole en dramas y novelas manjares infectos y corruptores del gusto y de las costumbres.

DANIEL GRANADA.

LA NUBE Y EL ÁTOMO

Dorada nube se elevaba al cielo
rauda, imponente, altiva;
el vapor de los mares, el rocío
de las flores, su esencia componían.

Al rozar en su rápida carrera,
tras el verde follaje,
de los montes las cimas elevadas,
tropezó con un átomo en el aire.

Vióle rodando tan incierto y solo,
se vió tan desvalido,
que en su denso vapor, cuna flotante
dióle para arrancarlo del vacío...

Subieron nube y átomo impulsados
por la brisa ligera,
y sobre ondas de nácar, zafir y oro
contemplaron las brumas de la tierra.

Duró un instante el seductor ensueño
de enlace tan sublime,
¡la nube de oro, el átomo de barro!...
prolongar más su unión ¡era imposible!

Del confín elevado, hacia su centro
volvió el átomo impuro,
y su velo rasgó la densa nube
llorando cual se llora sobre el mundo!

¿Y comprendió, al mirarse abandonada
y burlada en su anhelo,
que ni la nube que en el éter flota
puede elevar lo que nació pequeño!...

CAROLINA FREIRE DE JAIMES.

Buenos Aires, Junio de 1892.

DESPUÉS DE LAS ELECCIONES



—¡Virgen santa! ¿estás herido
¡funesta tu idea ha sido
de ir á ver las elecciones!
—Mujer, basta de aflicciones;
no es nada, ¡un palo... *perdido!*

HUMORADAS

I

Les falta algo de amor, á los amores
que no son un infierno de dolores.

II

Por flaquezas del cuerpo, ó las del alma,
la vida es un pecado que se empalma.

III

Hay sabio, de impiedad tan candorosa,
que no tiene fe en Dios, y cree en su esposa.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

NUESTROS COLABORADORES



Srta. Amalia Puga

INSPIRADA POETISA PERUANA

A AMALIA PUGA

¡Ya en la trípode estás, casta sibila!
y al destellar tu inspiración grandiosa,
arde en tu faz el fuego de la rosa
y la llama del Genio en tu pupila.

Ya de tus labios la expresión tranquila,
perlas derrama en lluvia sonorosa,
y la luz de tu gloria esplendorosa,
del ancho templo en la extensión rutila.

El ave de la selva americana
en sus gorjeos tu canción remeda,
sus albores te ofrece la mañana;

y al ver el lauro que á tus plantas rueda,
te da la *Pardo* su dicción galana
y su lira inmortal la *Avellaneda!*

F. GERARDO CHAVES.

Lima, 1892.

ARROBAMIENTO

A MI SOÑADORA AMIGA AMALIA PUGA

¡Qué líneas, qué contornos, qué perfiles,
tu faz modelan de alabastro y rosa;
no fué más bella la pagana diosa
que surgió de los áticos buriles!

Feliz, en el albor de tus abriles,
cruzar te miro la existencia odiosa,
como una musa de la Arcadia umbrosa,
ó cual hada de Persia en los pensiles.

¡Quién al verte no sueña embelesado,
y á tí en su alma inmortal no erige altares,
ídolo del amor inmaculado!

¡En la edad de las mágicas sirenas,
te hubiera hallado Ulises en los mares
ó Fidias en los pórticos de Atenas!...

TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO.

Lima, 1892.

SONETOS

I

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

(AL INSIGNE VATE AMERICANO NUMA P. LLONA)

Nace Colón. En su infantil cabeza,
por el soplo del genio estremecida,
se comienza á agitar, lleno de vida,
un pensamiento de sin par grandeza.

Habla después; mas la sublime alteza
de su inspirada voz no es comprendida:
—«Delirios de una mente enardecida»—
el mundo llama á su ideal proeza.

A los pies de Isabel, noble matrona,
con monarcas y sabios en divorcio,
expone de sus ansias el misterio;

quita aquélla á su frente la corona,
dásela al genovés; y este consorcio
saca á la luz del sol otro hemisferio!

II

MARIPOSAS

(A CARLOS G. AMÉZAGA)

Del ameno verjel bajo la grama,
entre duro capullo aprisionado,
pobre gusano espera resignado
la Primavera hermosa que tanto ama.

Abandona después, según es fama,
la vil mansión donde durmió ignorado,
y en linda mariposa transformado,
vuela de flor en flor, de rama en rama.

El humano ropaje, la materia,
es semejante al calabozo inmundo
en que oculta la larva su miseria.

Mariposa el espíritu, en su vuelo,
cuando se aleja del mezquino mundo,
liba flores de luz, y sube al cielo!

III

¡OH POESÍA!

(AL SEÑOR DOCTOR ENRIQUE GUZMÁN Y VALLE)

¡Salve, virgen divina, en cuyas manos
frescas se ostentan del edén las flores;
cuyo trono lo forman más primores
que en sus senos ocultan los oceanos.

El ángel de los credos mahometanos,
las legiones de célicos cantores,
los canarios, alondras, ruiseñores,
son por la melodía tus hermanos.

Tú eres fuente de vida y de belleza;
tú de encantos sin fin eres tesoro;
de tí manan la gloria y la grandeza.

Y el alma humana entre cadenas de oro
tu esclava ës, y de tu ser la alteza
proclama sin cesar en dulce coro.

IV

AL MAR

(A DOMINGO DE VIVERO)

¡Líquida inmensidad! Yo te saludo;
y postrada de hinojos en tu arena,
siento que el alma de terror se llena
porque jamás adivinarte pudo!

Templo en vano mi lira; en vano acudo
en pos de luz á la región serena:
aquí la admiración pasma, enajena;
el sentimiento aquí tórnase mudo!

¿Descubrir cuanto en tí me maravilla?...
Perdona ¡oh mar! lo pretendiera osada,
que tu grandeza á mi soberbia humilla.

Mas si un himno elevarte no consigo,
al sacudir mi mente conturbada,
obra digna de Dios, ¡yo te bendigo!

AMALIA PUGA.

Lima, Abril de 1892.

EL TESORO DE LOS INCAS

(FRAGMENTO)

II

. . . .

UN día, en una hermosa alborada de estío, mientras la ciudad dormía y la azulada niebla del alba se elevaba al cielo con los primeros cantos de las aves, como un himno al Creador, un hombre envuelto en una capilla parda, torvo el ceño, los cabellos en desorden y el chapeo de larga pluma puesto de lado sobre el entrecejo, salió de una casa, cuyo postigo abierto durante la noche, había dado sucesivamente entrada á numerosos visitadores.

Saludó con una maldición la luz del nuevo día, y después de vacilar un momento sobre la dirección que había de tomar, deslizóse apegado al muro y costeó la pendiente de las calles, que por aquel punto se eleva hasta los primeros matorrales de la campiña.

Su andar, ora lento, ora rápido; la sombría expresión de su semblante y el brusco ademán con que de vez en cuando se arrebujaba en su embozo, todo acusaba en aquel hombre una de esas tempestades del alma que en los buenos hacen nacer el heroísmo, en los malos el crimen.

Dejó atrás sin detenerse las últimas casas de la ciudad, y siguió la senda flanqueada de malezas que conduce al Rodadero.

Al llegar á las primeras rocas de aquella empinada cuesta, torció maquinalmente hacia la derecha y entró en un sendero hondo y tortuoso que iba á perderse á la vuelta de una peña

entre un grupo de saúcos, cuyas ramas de un verde amarillento cargadas de penachos blancos, ocultaban á medias el techo de una cabaña.

Al descubrirla entre los troncos de los árboles, el de la capilla parda, se detuvo de repente, cual si saliera de una profunda abstracción.

—¿Dónde iba yo? exclamó con una áspera interjección. ¡Cargue el diablo á la cacica! ¡Estoy ahora para quejas y



requiebros! La diese á ella con toda su raza encima por sólo veinte doblones que me procuraran un desquite. ¡Adiós, sueños de ambición! ¡Maldito cuatro de espadas!

Y volviendo sobre sus pasos, escaló la montaña por el flanco del Rodadero, y se dió á vagar entre las breñas de su agreste cima.

Los cabreros que al anochecer recogían sus rebaños le vieron descender por un sendero sinuoso y á poco volvieron á divisarlo de pie á la puerta de la cabaña, el oído aplicado á la cerradura, en la actitud del que acecha.

¿Qué venía á buscar en aquella pobre cabaña un hombre de calzas de grana y espuela dorada? ¿qué veía? ¿qué escuchaba?

En torno al hogar, donde ardían las ramas muertas de los saúcos, estaban sentadas tres personas, un anciano, un mancebo y una joven. La piel cobriza del viejo contrastaba con la blancura de los cabellos canos que descendían en largas guedejas sobre sus hombros. Su semblante respiraba mansedumbre, y la dulce mirada de sus ojos se paseaba con amor del mancebo á la joven.

El anciano era Yupanqui, cacique desposeído de *Horcos;* el mancebo y la joven eran sus hijos.

Despojado de sus bienes en favor de un favorito del Intendente del Cuzco, el cacique había sufrido su desgracia con la resignación del indio, paciente y silencioso. Quedábale un tesoro que no podía quitarle la injusticia de los hombres, el amor al trabajo. Quedábale otro que lo consolaba de todas sus pérdidas, una hija bella como un lirio y buena como un ángel.

Cual la mística paloma de las *sinuosidades de la peña,* Rosalía se había criado á la sombra de un claustro. Educada por la piadosa abadesa de las Nazarenas, su existencia se deslizó dichosa entre el humo del incienso y las alabanzas del Señor, hasta que la mirada de un hombre vino á interponerse entre ella y Dios.

Un día los atrevidos ojos de Diego de Maldonado se fijaron en los suyos al través de las rejas del coro, y desde ese momento la paz huyó de Rosalía, que se volvió triste, meditabunda y distraída. No más plácidas veladas en torno á la lámpara en la celda abacial, contando historias, y adornando azucaradas pastillas; no más alegres triscas en las horas de recreo, bajo los arrayanes del verjel. Pasaba los días en el templo, el corazón sacudido de extraños estremecimientos, arrodillada sobre las frías baldosas, orando con los labios, pero vueltos los ojos y el pensamiento al sitio que todos los días, durante la misa, venía á ocupar un hombre. Y al caer la noche, mientras sus compañeras jugaban sal-

tando bajo las arcadas de los claustros, ella, de pie en lo alto de las torres del convento, contemplaba con una mirada codiciosa la vasta extensión de la ciudad, el pecho anhelante, el oído atento, cual si quisiese reconocer entre sus variados rumores el eco de una voz querida.

Poco después, la abadesa llamó un día á Yupanqui, y mostrándole á su hija, pálida y enflaquecida, le aconsejó llevarla por algún tiempo á respirar los aires de los campos.

Si el viejo cacique hubiera estudiado el semblante de su hija con otra mirada que la mirada paternal, habría visto desarrollarse en él todas las peripecias de un drama: impaciencia, alegría, duda, terror, cólera. Pero el buen Yupanqui sólo vió una enfermedad producida por la falta de aire y espacio; y paseó á su hija en las vecinas quebradas cubiertas de verjeles y de palacios; hízole respirar el tónico viento de las alturas; dióle á beber la dulce leche de las cabras; la llevó á su cabaña abrigada como el nido de una alondra bajo el tupido follaje de los saúcos, y puso su lecho en una hamaca colgada de las ramas de los árboles entre una atmósfera perfumada con el aliento de las vacas.

La frescura de la juventud volvió luego al rostro de Rosalía: pero no vino ni con las flores de las quebradas, ni con el aire vivificante de las alturas, ni con el néctar de las cabras, ni con el balsámico aliento de las vacas: vino con el amor de Maldonado.

¡Quién sabe qué acaso los unió! Lo cierto es que el cacique volvió á ver á su hija rozagante y bella, y fué feliz y no se cansaba de contemplarla, y se preguntaba por qué había tardado tanto en traer á su lado aquella inagotable fuente de ventura. Pero ¡guay! del que confía en la dicha. En el momento en que el anciano elevaba sus ojos radiantes de gozo para dar gracias á Dios, oyó la voz de Andrés que murmuraba á su oído:

—Padre, ¡Rosacha llora!

Y vió una lágrima que deslizándose furtiva de los ojos de Rosalía cayó sobre las hierbas que limpiaba para sazonar la comida de la mañana.

Ella enjugó con una de sus negras trenzas la huella de aquella lágrima en su mejilla, y volviéndose al cacique:

—Padre, le dijo, ¿puede hacerse sufrir á quien se ama?

—¿Qué dices, hija mía? exclamó Yupanqui, atrayendo sobre su pecho la cabeza de la joven; ¿no sabes que yo daría mi vida por evitarte un pesar? ¡Habla! ¿qué deseas?... ¡Ah!... lo veo: no puedes habituarte á la desnudez de nuestra pobre cabaña, echas de menos la dulce morada del convento y quieres dejarme!

—¡No, padre, jamás! ¡nunca me apartaré de tu lado! ¡Ay!



¿dónde hallaría más amor? Estas paredes ahumadas están pobladas de recuerdos. Aquí vivió y murió mi madre; su alma vela en nuestro hogar, y yo la veo con frecuencia en sueños inclinada sobre mí, sonriéndome con su dulce y melancólica sonrisa. Todos los objetos que me rodean han sido tocados por sus manos. He aquí el banco en que solía sentarse al lado del fuego; he allí su rueca y su telar. En el convento me parecía más muerta: aquí, ocupándome de lo que ella se ocupaba, consagrándome como ella á servirte y cuidar de mi hermano, me parece que continúo su vida... Y luego, en el umbral de nuestra puerta está la libertad: puedo ir tan lejos como alcanza mi vista. ¡Es tan bueno

arrojar á los vientos los afanes del vivir!... Ya lo ves, padre, ¿qué puedo echar de menos á tu lado?

—Ahora mismo llorabas.

—¿Me viste llorar? mírame reir.

Y besando las canas del viejo le sonreía con hechicera sonrisa.

—¡Ah, tú llorabas, sin embargo! Las lágrimas de vuestros ojos son gritos del alma. ¿Quizá la hija de los reyes se siente humillada, arrastrando la librea de la miseria entre las grandezas del mundo?

—Y ¿qué son para mí esas grandezas después que ha sido dado á mis ojos el contemplar las nuestras? ¿Pueden, reunidas todas las ciudades que se alzan en la extensión de la tierra, contener las riquezas que encierra nuestra ciudad subterránea? ¿No eres tú dueño de una de sus cien puertas? ¿No he entrado yo por ella, hollando con mis pies de princesa las baldosas de oro que tapizaron el palacio del Inca? Me he familiarizado con la contemplación de esos tesoros que nadie podía soñar, ni aun la codicia europea, y llevo con orgullo la miseria que los encubre.

Una extraña sensación de inquietud llevó al cacique hacia la puerta. Detúvose allí y escuchó. Pero todo estaba silencioso en torno y sólo se sentía el susurro del viento en las hojas de los sauces.

Si la mirada del viejo hubiera podido penetrar al través de la puerta, habría encontrado un hombre inclinado sobre el agujero de la cerradura con el alma en los oídos, pálido, tembloroso, terrible, y si Rosalía lo hubiese visto habría huído hasta el fondo del convento, hasta el fondo de la tumba.

El anciano, aquietados sus recelos con la profunda calma que reinaba por defuera, volvió al lado de su hija, la besó, la bendijo, y se retiró, llamando á Andrés para entregarse al descanso necesario á las rudas fatigas de la labranza.

Andrés fingió no oirle y se quedó sentado frente á su hermana, mirándola fijamente.

—Hermano, le dijo ella, nuestro padre te espera para entregarse al sueño. Tú duermes á su lado: véte.

—Nuestro padre se ha ido tranquilo; pero yo no lo estoy. Él es viejo, y ha olvidado ya lo que pasa en los corazones jóvenes; yo he leído en el tuyo, y sé que sufres, y que lloras y que eres desventurada. Yo soy un niño; apenas cuento diez y seis años, y no puedo darte consejos; pero el día en que necesites un corazón adicto y un brazo fuerte, acuérdate de mí.

Rosalía no respondió: reclinóse en el pecho de su hermano y lloró en silencio.



Andrés enjugó sus lágrimas, la abrazó, y fué á acostarse al lado de su padre.

Rosalía se quedó sola al lado del fuego con la mano en la mejilla, mirando distraída la moribunda llama del hogar. Sus dedos se movían maquinalmente, y sus labios murmuraban:

—Diez... doce... catorce... hoy viernes... ¡quince días! ¡quince días que Diego me olvida!... ¡Hoy es viernes!...—El gallo canta: ¡media noche! Consultemos la suerte de la *Guarmi del Peñascal*. ¡Ay! ¡la abadesa me prohibe esas creencias!... ¿Pero qué sabe la abadesa? ¿qué saben todos los

que, como ella, viven tranquilos y felices, qué saben de los misterios de Dios?

Se levantó y fué á tomar de un saquito de tela negra colgado en la pared las hojas verdes y tiesas de una hierba.

Las apiló cuidadosa una á una en la palma de la mano y sopló sobre ellas. Las hojas revolotearon en el aire y



vinieron á caer sobre sus rodillas. La joven india las contempló con ansiosa atención, y decía á medida que examinaba su caprichosa posición sobre la oscura falda:

—¡Viene!... se vuelve... sube saltando peñas... baja por una hondonada... se acerca... llega... se detiene ¡Ay! ¡qué sombra tan negra se esparce en torno!...

En ese momento, la puerta de la cabaña, abierta por una mano cautelosa, dió paso á un hombre.

Al verlo, la hija del cacique exhaló un grito sordo y se arrojó en sus brazos.

Juana Manuela Gorriti.

LA GOMA



—Ese joven que ha pasado
es el novio de Escolástica.
—¿Por qué anda tan... estirado?
—Porque es de la goma...
—¿Elástica?

EPIGRAMA

Dice el viejo coronel
don Juan Espiro, y se explica,
que no hay en el mundo chica
que no se muera por él,
pues aunque sorda al suspiro
que lanza tras de su huella,
al verle toda doncella
murmura al momento: —*¡Espiro!*

LA MAÑANA

«Ligera luz por la ventana abierta
penetra ya,—se oye rumor lejano,
y el canto de las aves me despierta
á la primera emanación del llano.

»Sobre la copa de los sauces, hora,
alegre brilla el resplandor primero
del sol naciente, que perfila y dora
de mis pajizos ranchos el alero.

»Llega del campo un hálito de vida,
del olor de los pastos impregnado,
aire de la mañana, que convida
con suave soplo, fresco y regalado.

***

»—¡Arriba, arriba, perezoso! Verde,
risueña se despierta la natura,
y azulado el arroyo que se pierde
en la línea sin fin de la llanura.

»¡Arriba, arriba! al despertarme digo;
¡arriba! canto con alegre acento,—
y ya viene mi perro, leal amigo,
festivo, retozón y turbulento.

»Y corre, y ladra, y vuelve, y da mil vueltas,
tan pronto á mí, tan pronto á mi caballo,
mientras me acerco con las riendas sueltas,
mi flete enfreno, lo palmeo y callo...

***

»Trenzadas riendas, obra de mis manos,
bajeras pampas en mi apero llevo,
y carona que envidian los paisanos
y tucumano cojinillo nuevo.

»Blanca cincha de cuero y cabeceras
de plata pura llevo en mi recado,
y de plata también las estriberas
y el macizo rebenque bien pesado.

»Que aunque ya soy casado, me alborozo
en viendo mozas, y me siento herido,

y me place andar limpio, fresco y mozo,
á mi gusto aperado y prevenido...

***

»Pero en tanto que ensillo mi caballo,
¡aquí estoy sin moverme todavía!...
¿Dónde está mi cinchón, que no le hallo?
¡Me lo esconde algún duende cada día!...

»¡Aquí está! lo persiguen mis chicuelos,
y en el lazo sus fuerzas ensayando,
juegan á los rodeos y ciñuelos,
á los mansos corderos enlazando.

»Les he de hacer, porque esto me recrea,
un lacito chileno bien sobado,
con argolla dorada y su manea
para atarlo á la cincha del recado.

***

»Se acerca mi constante compañera
el mate más sabroso preparando,
y la siguen los chicos en hilera,
al vivo sol los ojos entornando.

»¡Bien haya el mate, y bien la cebadora
que llega desde el rancho, sonrïente,
como la luz primera de la aurora
llega desde las puertas del naciente!

»¡Y bien haya la turba que en chacota
en torno mío retozando grita,
y me asusta el caballo y me alborota
el perro fiel, que poco necesita!...

***

»—¡A ver, á ver, dejarme libre el paso,
que se levanta y se enardece el flete!
más ligero, al montar, no hay otro, acaso,
y ha de ser quien lo monte, buen jinete.

»Pero es quieto después, guapo y ligero;
para mí siempre fiel, siempre seguro;
con los chicos tan manso cual cordero,
para el trabajo y las fatigas, duro.

»Lo quiero á este discreto, leal testigo
de mis luchas, dolores y alegrías;—

del paisano infeliz único amigo,
¡orgullo y prez de sus mejores días!

***

»¡Y este chico que al anca se ha trepado!
pues ya está, me lo llevo sin enojos;
repuntaremos juntos el ganado,
seguiremos al tranco los rastrojos...

»¡Cómo se alegra el chiquitín! Muy pronto
tendrá su peticito y su recado;
ha de ser buen jinete, que no es tonto;
será trabajador y será honrado.

»¡Hasta luego!... ¿Qué dices?... va contento,
mujer, ¿qué tiene que seguirme quiera?
Que á los soles se haga, al rudo viento;
que temple de alma y robustez adquiera.»

SEGUNDO I. VILLAFAÑE.

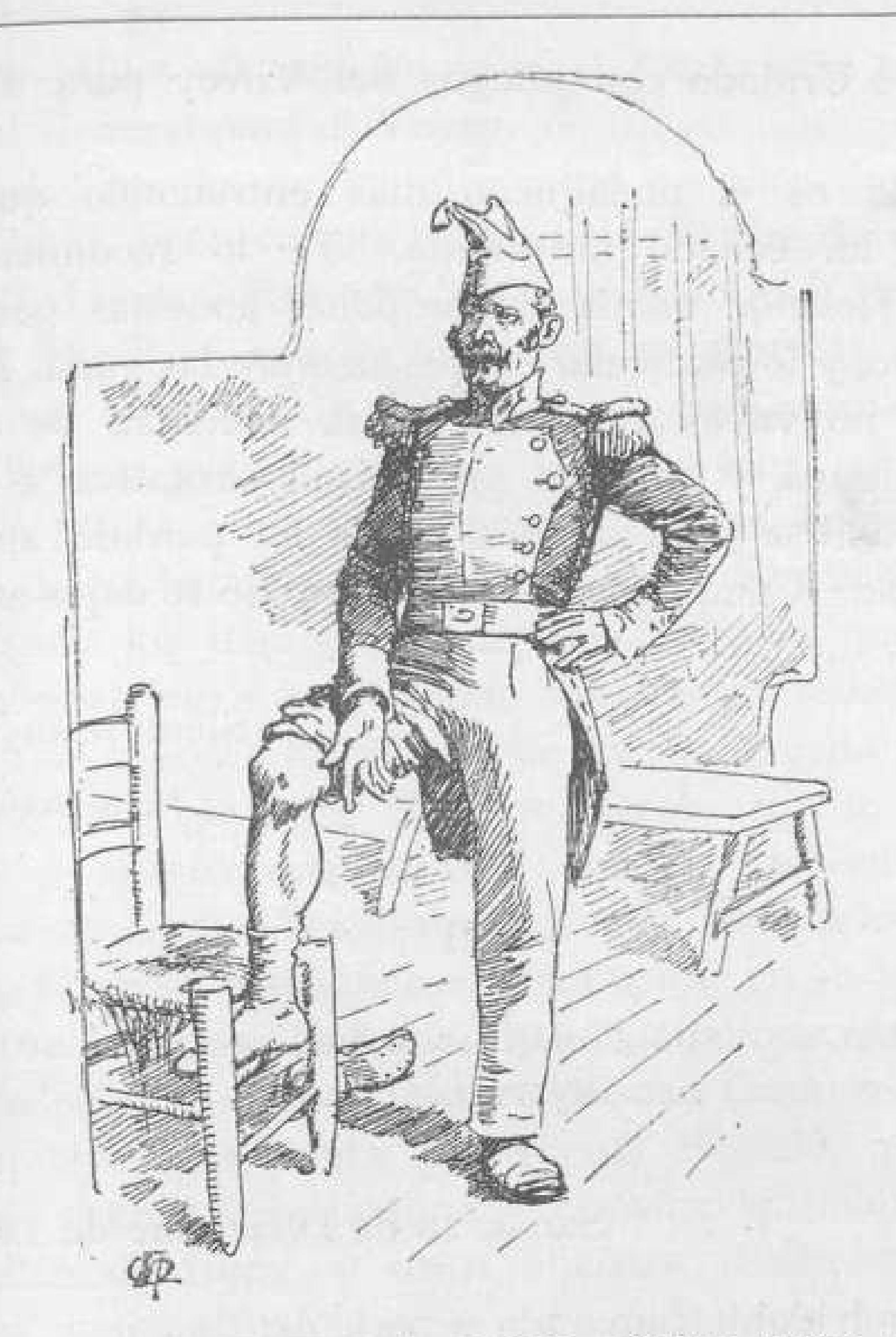
Buenos Aires, Mayo de 1892.

LIEDER

He visto una visión con áureo nimbo
y con dos alas blancas:
tengo en mi corazón la primavera
y en mi cerebro el alba;
amo la luz, el pico de la tórtola,
la rosa y la campánula,
el labio de la virgen
y el cuello de la garza.
¡Oh, Dios mío, Dios mío!
¡Sé que me ama!

Cae sobre mi espíritu
la sombra negra y trágica;
busco el seno profundo de la noche
para verter mis lágrimas:
sé que á la aurora puede haber tristezas,
tormentos en el alma
y arrugas misteriosas
sobre las frentes pálidas!...
¡Oh, Dios mío, Dios mío!
¡Sé que me engaña!

RUBEN DARÍO.



LA PANTORRILLA DEL COMANDANTE [1]

I

FRAGMENTO DE CARTA DEL TERCER JEFE DEL IMPERIAL ALEJANDRO AL SEGUNDO COMANDANTE DEL BATALLÓN GERONA

Cuzco, 3 de Diciembre de 1822.

Mi querido paisano y compañero:

Aprovecho para escribirte la oportunidad de ir el capitán

[1] El *Fígaro* de París me ha ganado de mano localizando en Francia el tema de la tradicioncilla que va el lector á conocer. Hágolo constar honradamente, reivindicando sólo la nacionalidad del asunto.

don Pedro Uriondo con pliegos del Virrey para el general Valdés.

Uriondo es el malagueño más entretenido que madre andaluza ha echado al mundo. Te lo recomiendo muy mucho. Tiene la manía de proponer apuestas por todo y sobre todo, y lo particular es que siempre las gana. Por Dios, hermano, no vayas á incurrir en la debilidad de aceptarle apuesta alguna, y haz esta prevención caritativa á tus amigos. Uriondo se jacta de que jamás ha perdido apuesta, y dice verdad. Conque así, abre el ojo y no te dejes atrapar.....

. . . .

Siempre tuyo

JUAN ECHERRY.

II

CARTA DEL SEGUNDO COMANDANTE DEL GERONA Á SU AMIGO DEL IMPERIAL ALEJANDRO

Sama, 28 de Diciembre de 1822.

Mi inolvidable camarada y pariente:

Te escribo sobre un tambor en momentos de alistarse el batallón para emprender marcha á Tacna, donde tengo por seguro que vamos á *copar* al gaucho Martínez antes de que se junte con las tropas de Alvarado, á quien después nos proponemos hacer bailar el zorongo. El diablo se va á llevar de esta hecha á los insurgentes. Ya es tiempo de que cargue Satanás con lo suyo, y de que las charreteras de coronel luzcan sobre los hombros de este tu invariable amigo.

Te doy las gracias por haberme proporcionado la amistad del capitán Uriondo. Es un muchacho que vale en oro lo que pesa, y en los pocos días que lo hemos tenido en el cuartel general ha sido la niña bonita de la oficialidad. ¡Y lo bien que canta el diantre del mozo! ¡Y vaya si sabe hacer hablar las cuerdas de una guitarra!

Mañana saldrá de regreso para el Cuzco con comunicaciones del General para el Virrey.

Siento decirte que sus laureles como ganador de apuestas van marchitos. Sostuvo esta mañana que el aire de vacilación que tengo al andar, dependía, no del balazo que me plantaron en el Alto-Perú, cuando lo de Guaqui, sino de un lunar, grueso como un grano de arroz, que, según él afirmaba, como si me lo hubiera visto y palpado, debía yo tener en la parte baja de la pierna izquierda. Agregó, con un aplomo digno del físico de mi batallón, que ese lunar era cabeza de vena y que, andando los tiempos, si no me lo hacía quemar con piedra infernal, me sobrevendrían ataques mortales al corazón. Yo, que conozco los alifafes de mi agujereado cuerpo y que no soy lunarejo, solté el trapo á reir. Picóse un tanto Uriondo y apostó seis onzas á que me convencía de la existencia del lunar. Aceptarle equivalía á robarle la plata, y me negué; pero insistiendo él tercamente en su afirmación, terciaron el capitán Murrieta, que fué alférez de Cosacos desmontados en el Callao; nuestro paisano Goytizolo, que es ahora capitán de la quinta; el teniente Silgado, que fué de Húsares y sirve hoy en Dragones; el padre Marieluz, que está de capellán de tropa, y otros oficiales, diciéndome todos: —Vamos, comandante, gánese esas peluconas que le caen de las nubes.

Ponte en mi caso. ¿Qué habrías tú hecho? Lo que yo hice seguramente. Enseñar la pierna desnuda, para que todos viesen que en ella no había ni sombra de lunar. Uriondo se puso más rojo que camarón sancochado, y tuvo que confesar que se había equivocado. Y me pasó las seis onzas, que se me hizo cargo de conciencia aceptar; pero que, al fin, tuve que guardarlas, pues él insistió en declarar que las había perdido en toda regla.

Contra tu consejo, tuve la debilidad (que de tal la calificaste) de aceptarle una apuesta á tu conmigo desventurado malagueño, quedándome, más que el provecho de las seis amarillas, la gloria de haber sido el primero en vencer al que tú considerabas invencible.

Tocan en este momento llamada y tropa.

Dios te guarde de una bala traidora, y á mí... lo *mesmo*.

DOMINGO ECHIZARRAGA.

III

CARTA DEL TERCER JEFE DEL IMPERIAL ALEJANDRO AL SEGUNDO COMANDANTE DEL GERONA

Cuzco, Enero 10 de 1823.

Compañero: Me... fundiste.

El capitán Uriondo había apostado conmigo treinta onzas á que te hacía enseñar la pantorrilla, el día de Inocentes.

Desde ayer hay, por culpa tuya, treinta peluconas de menos en el exiguo caudal de tu amigo, que te perdona el candor y te absuelve de la desobediencia al consejo.

JUAN ECHERRY.

IV

Y yo el infrascrito garantizo, con toda la seriedad que á un tradicionista incumbe, la autenticidad de las firmas de Echerry y Echizarraga.

RICARDO PALMA.

Lima, 1892.

EPIGRAMA

Juan Rucancos á María,
su bella novia, decía:
—¿Quién es mi padre? ¡Un banquero!
Y en verdad que el caballero
mencionado no mentía.
Pues aunque el viejo Rucancos
no tenía ni diez francos
de más en la faltriquera,
con todo, *banquero* era...
por ser constructor de bancos!

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Pablo Della Costa

DISTINGUIDO LITERATO ARGENTINO

SEMBLANZA

Bajo, fornido y rubio como el oro,
un tantico picado de semblante,
ojo chico, vivaz y centellante,
fácil ingenio, la intención de toro.
Desde humilde *cajista* al alto coro
subió del periodismo militante,
y el artífice oscuro, al fin triunfante,
logró ser en las letras un tesoro.
Ni le arredra el trabajo ni le abruma,
ni hay difícil cuestión, ancha ó angosta,
que se resista á su gallarda pluma.
Piensa, concibe y pare por la posta!...
Y éste que ves, lector, éste es en suma,
nuestro amigo *don Pablo Della Costa*.

MARCOS ZAPATA.

Buenos Aires, Abril 22 de 1892.

CANTO AL TRIGO

Á APELES MESTRES

I

No en la cumbre empinada,
ni en el torrente bramador, que lucha
por arrancar la valla poderosa
que sujeta su furia despiadada,
he de encontrar la estrofa rumorosa,
ni el ritmo que se escucha
del verso griego en la cadencia hermosa;
con lazos invisibles
al dulce yugo de lo bello atada,
el alma mía siente
el ansia viva de entonar, ferviente,
el himno excelso de la mies dorada.

No en el salvaje grito
de la tormenta aciaga, asoladora,
ni en el furor de la campal batalla,
ni en el trueno que rueda en lo infinito,

ni en la tromba que estalla,
he de beber la inspiración sonora;
con este fuego santo,
de la fe, del trabajo y la esperanza,
—como el celeste, intraducible coro
de las grandes y nobles expansiones,—
—como un salmo de amor y venturanza,—
brotarán mis canciones
al rubio dios de las espigas de oro!

II

En el valle gentil y en la pradera
corre el plateado río al Oceano,
y al pasar, murmurando, en la ladera,
deja el limo fecundo
con que enriquece el espigado grano,
que fué alimento de la edad primera
y que prosigue alimentando al mundo!

El llano, el verde llano que se alfombra,
y que abrillanta el sol del claro estío,
se ostenta como un manto soberano,
y el húmedo rocío
que tembloroso, cae en su ancho seno
—como perlas del ánfora de un río,—
abre el pétalo suave y perfumado
de la campestre flor con que se adorna
la virgen de los valles ruborosa;
y el aliento del céfiro callado
que vuela en el espacio, candorosa
nota de amor semeja, con que exorna
preludios de pasión el dios alado!...

El campo se atavía,
con el verde esmeralda de las hojas
del bosque espeso y del endeble arbusto,
y el labrador robusto
de anchas espaldas y mejillas rojas,
á la labor se avía
así que el primer sol de primavera,
brotando de los cielos en cascadas
—como un preciado don, santo y bendito,—
calienta el surco de la antigua era,
las altas enramadas,
la cerca, el campo, el mar y lo infinito!...



III

Ábrese el surco en el materno seno
de la tierra fecunda y la simiente,
generosa y proficua, reproduce
el codiciado grano. Un imponente
mar de verdura, plácido y sereno,
semeja el campo. El labrador conduce,
con mano experta, la tajante hoja
que siega el alto tallo, ya dorado,
por la recia estación de los calores;
un río de sudor la frente moja
al rudo campesino,
mas ¿qué le importa si al volver cansado
de la ingrata fatiga,
—compendio de alegrías y dolores,—
está en la choza que la dió el destino
la cariñosa amiga,
la madre de sus hijos, la que un día,
al llegar al altar, pura y sonriente,
—con la luz celestial de los rubores,—
llevó escrito en la frente
el idilio inmortal de sus amores?...

Abatida la mies, la forma en haces,
con cuidados prolijos,
el rústico labriego con sus hijos.
¡Qué inocente alegría
alza en su pecho el venturoso día
que el premio á sus afanes ya presiente,
al ver que, triunfadora, la simiente,
—sin sustos, ni temores, ni congojas,
por la peste, la nieve ó la tormenta,—
levantando el penacho de sus hojas,
el rubio grano en su cimera ostenta!...

Crecer á los costados del rastrojo
se ve después la parva lujuriante,
y más la mira el ojo,
más le parece ser peña gigante
donde quiebra en sus últimos desmayos,
el dulce beso de sus tibios rayos,
el sol que muere en el espacio, errante!

IV

Vuelve la nueva aurora
á alumbrar la pradera y la cuchilla,
el monte, el río y la maraña umbrosa;
llega por fin la suspirada hora
de la final faena de la trilla,
ansiada recompensa, generosa,
de tanto afán y de desvelo tanto,
precursora de inmensas alegrías,
aura infinita de deleite santo,
que premia las fatigas de los días
de cruento sacrificio y de quebranto
de aquel hogar do la virtud respira,
do el culto del trabajo sacrosanto,
—como rayo de luz cuando amanece,—
el alma fortalece
y el himno del deber la mente inspira!

La choza del labriego bendecida,
por ese don preciado de los cielos,
aparece vestida
de guirnaldas y flores campesinas,
y las viejas encinas,
alzando su ramaje,—como el vuelo
de las raudas y pardas golondrinas,—
preludian el acorde, en el espacio,

de la fiesta triunfal de la cosecha,
cuando se ostenta la heredad, estrecha,
rebosante de granos de topacio!

Y termina por fin la lucha airada,
la dulce paz aquel hogar inunda,
y el alma, en la fecunda
explosión de los santos ideales,
prosigue, del trabajo enamorada,
la curva de sus rumbos inmortales!...

V

Es la misión del hombre oscuro arcano
si le falta la fe de su destino;
mas le redime el pensamiento humano,
ese verbo divino
que alienta al Universo soberano,
surgido de la noche tenebrosa,
en que el vulgo pagano
llevó al templo la ofrenda bochornosa
de la brutal adoración lasciva.
De allí brotó la viva
santa ambición de quebrantar el yugo
del negro oscurantismo del pasado;
desde allí, Prometeo libertado,
venciendo á su verdugo,
del trabajo encendió la ardiente tea,
y luchando con sombras y vestiglos,
á través de los siglos,
ató el progreso al carrro de la idea!...

Los pueblos laboriosos
tienen al fin su ruta señalada;
los pigmeos conviértense en colosos
cuando truecan las armas por la azada,
cuando el surco fecundo,
—abriendo las entrañas de la tierra
donde germina el espigado grano
que es la bendita aspiración del mundo,—
la virtud del trabajo en él encierra;
cuando la libertad inmaculada,
persiguiendo el fantasma de la guerra,
alza el olivo de la paz ansiada,
la era del dolor por siempre cierra,
y, del surco en la mies, rompe la espada!

¡Oh, santa libertad, la del trabajo!
Aura de glorias que el Creador bendice,
y que el progreso entre sus brazos trajo!...
Doquiera que tu nombre se eternice,
doquiera que tu cetro se levante,
poeta habrá que tus victorias cante,
mármol que tus empresas preconice,
y pendón que te lleve hacia adelante!...

PABLO DELLA COSTA.

Buenos Aires, Abril 9 de 1892.



HUMORADAS

EN UN ÁLBUM

Si algún César triunfante
te viere desde el fondo de su gloria,
podría ese lunar de tu semblante
hacer variar el curso de la historia.

HEMBRAS DE LEY

¿Qué diabólicas mañas
tendrá esa pecadora,
que cuando llama á ellas la traidora,
siempre la abren las puertas mis entrañas?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

LA PROTECTORA DE ANIMALES

(ARTÍCULO ABURRIDO)

Existe en Buenos Aires una sociedad que se dedica á proteger á los animales contra la maldad humana, ó simplemente contra los rigores de su propia suerte.

Detiene un tranvía lleno de gente. ¿Para impedir que las señoras sean aplastadas por la multitud que ha asaltado el coche? No: para evitar que se fatiguen los caballos.

Ocurre una quiebra; la Sociedad se dirige al Juez de Comercio. ¿Para llamar su atención sobre los pobres empleados del fallido fugitivo? Su intención es más generosa: pide que se rompan los sellos judiciales y se dé libertad á un gato, que al parecer no quiere escapar por la alcantarilla.

Parece que en los centros populosos no hay ser más digno de protección que un animal. Aquí convendría proteger:

A los inmigrantes, que llegan atortolados y que suelen pagar la novatada.

A las mujeres, contra las insolencias de la calle.

A los niños, contra los malos tratamientos de los padres inhumanos.

A los viejos, contra la miseria y el abandono.

A las jóvenes, contra las sugestiones de las Celestinas.

A los emigrantes que se mueren de nostalgia y no tienen con qué marcharse.

Al obrero, contra la escasez de trabajo y la codicia del patrón.

Al agricultor, contra las malas cosechas.

Al comerciante, contra las quiebras.

Al abogado, contra el cliente que no paga.

Al médico, contra el enfermo ingrato.

Al elector, contra el diputado prevaricador.

Pues bien: á nadie se protege.

Los animales, por excepción, son objeto de las atenciones solícitas y de los exquisitos cuidados de algunas docenas de personas que después de mirar á su alrededor han visto que estamos en el mejor de los mundos posibles y que sólo la suerte de los animales es digna de mejora.



Los ingleses exportan cosas buenas y malas: entre las primeras está el Jurado, el hilo de Clark y C.ª, el sistema parlamentario, algunas clases de paños y las libras esterlinas, cuando las exportan.

Entre las segundas figura en primer término la protección á los animales. De un poco de sensiblería sin objeto, de un bastante de hipocresía y de un mucho de desprecio al género humano, no inglés, han nacido esas sociedades que pululan en todas las ciudades del mundo, donde el britano ha logrado imponer su propia superioridad á los demás.

Un súbdito de su muy graciosa Majestad llega á un punto cualquiera del globo; el indígena le inspira el más solemne desprecio. En cambio ¡un perro! ¡un caballo! ¡un gato! ¡Pobres animales, que no son apreciados en todo su valor por el hijo del país! Pero para esto ha venido él, para impedir que el hombre siga abusando de ellos. No faltará quién, convencido de la superioridad de la raza sajona, contribuya á que de la noche á la mañana surja una Protectora.



Los países nuevos, como los jóvenes, tienden á imitar todo lo malo. ¿No tiene Inglaterra algo más digno de ser imitado que las sociedades protectoras y las carreras de caballos?

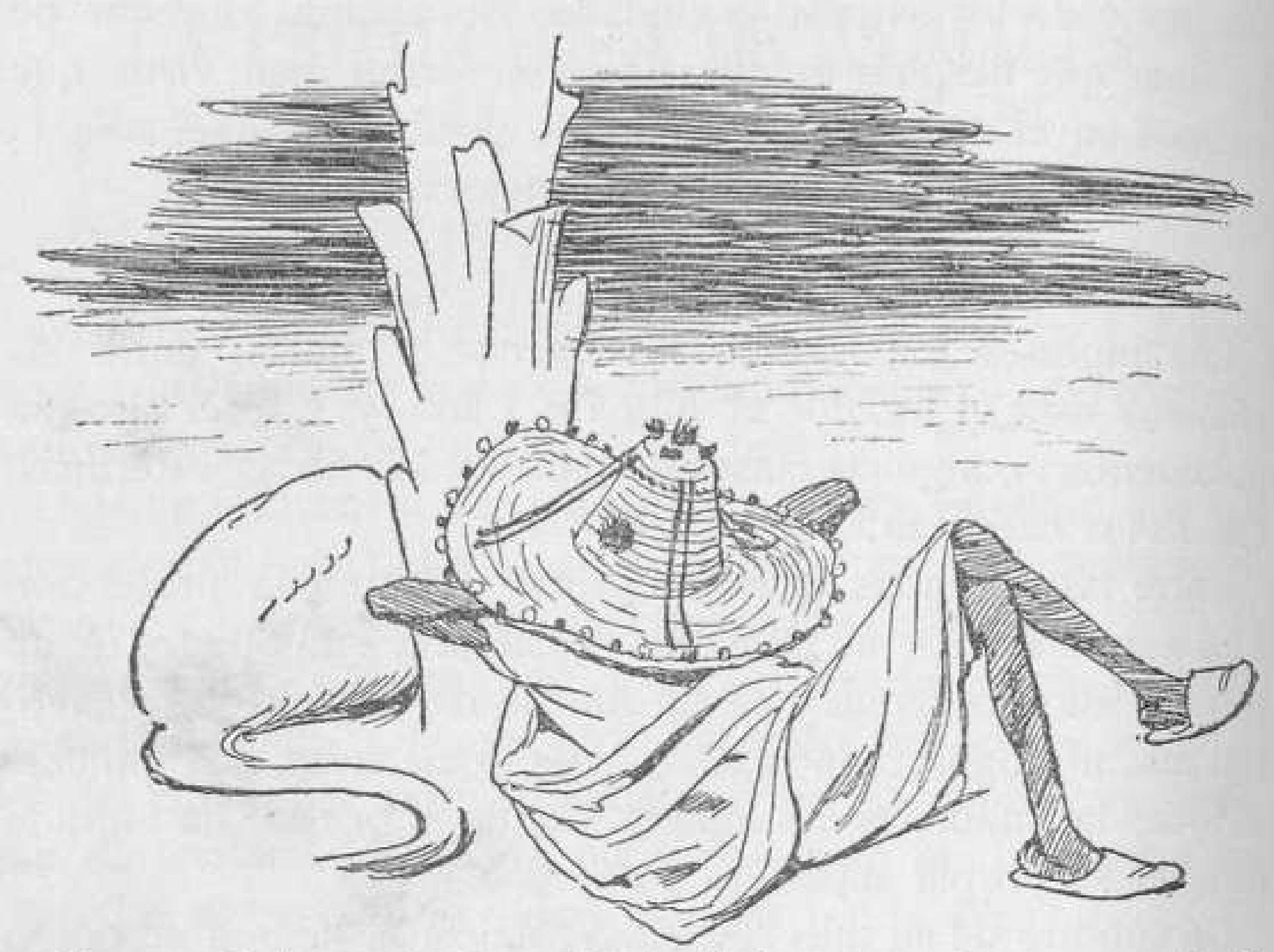
CARLOS MALAGARRIGA.

EPIGRAMA

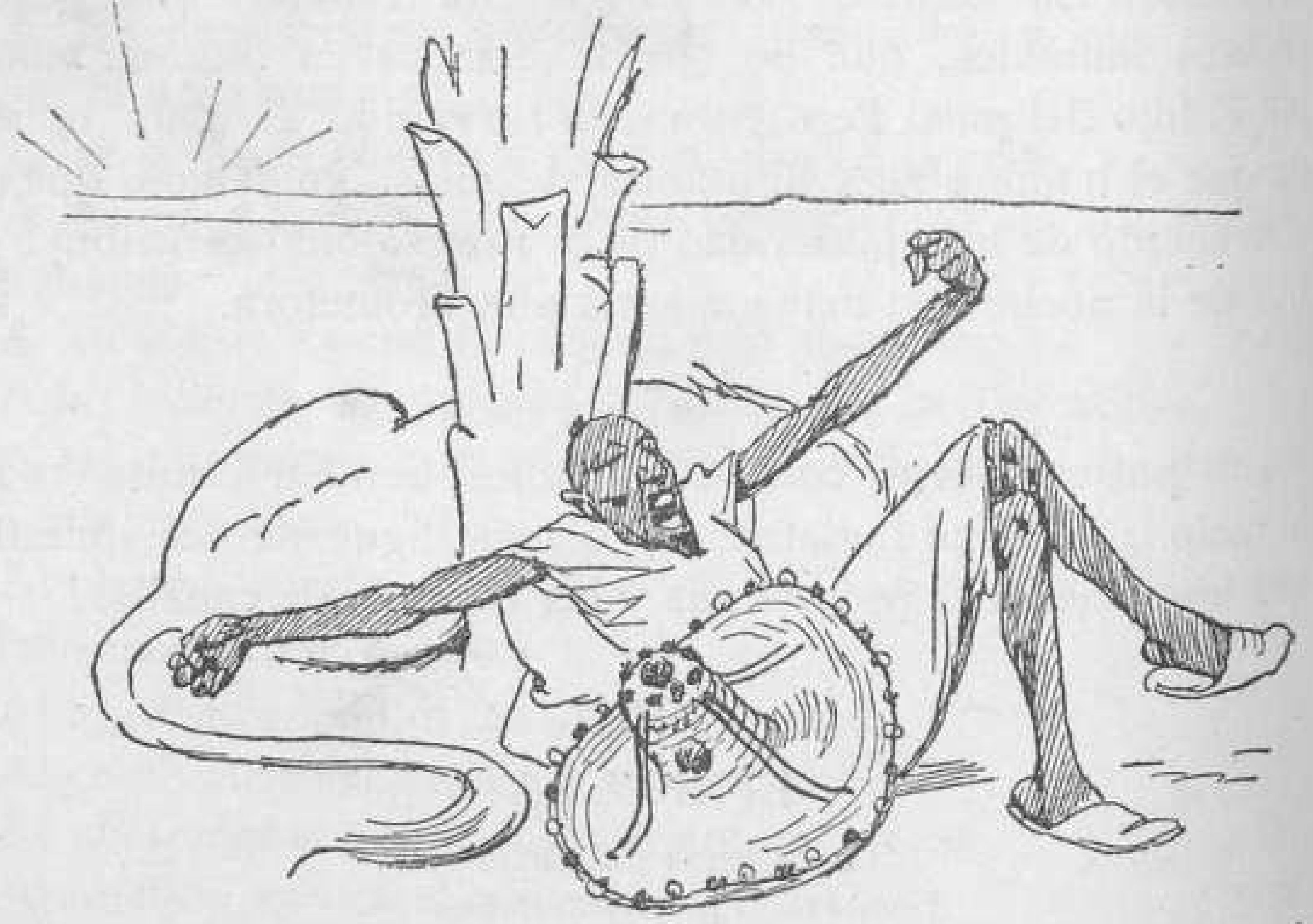
Tus formas plásticas son
postizas, Paca, y por eso
hay quién cree, y con razón,
que, más que de carne y hueso,
eres *Paca de algodón*.

ALÍ-BUTILUFA

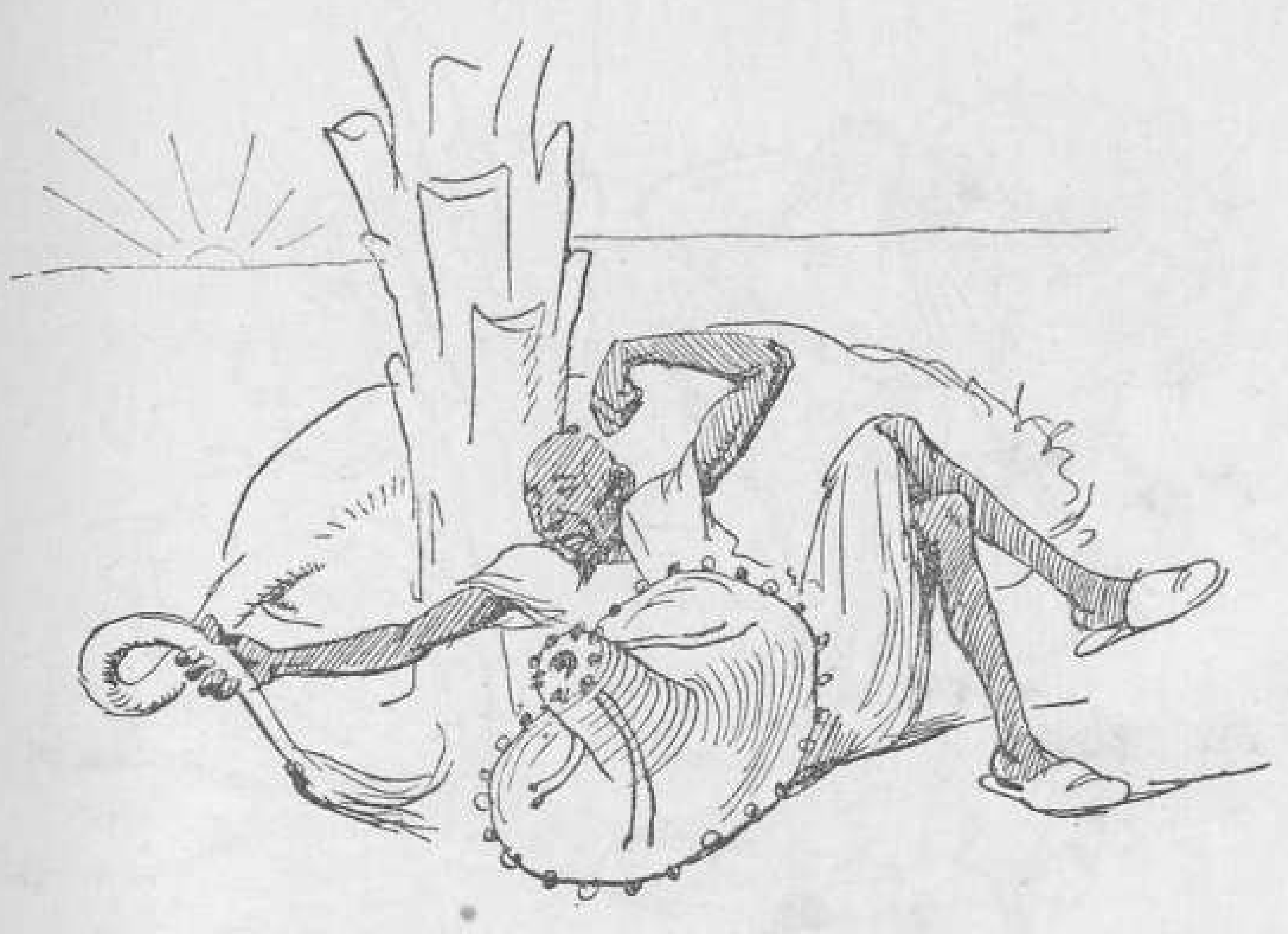
CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



Ya cerrada la noche llega Alí-Butilufa á un oasis, extenuado de fatiga: bendice á Al-lah y echa su sueñecito al pie de una palmera.



Con el primer rayo del sol abre Alí-Butilufa los ojos, y después de bendecir á Al-lah se despereza pensando en la pierna de gacela que comería si la tuviera.



«¿Qué es esto?...»

¡Por las zapatillas de Mahoma! ha pasado la noche junto á un león que se habría quedado dormido á mitad de la cena.

«¡Buen chasco vas á llevarte en cuanto se te quite el sueño.»



Y muy bonitamente lo ata por el rabo al tronco de la palmera.

El león se despierta y, sin bendecir á Al-lah, se dice con fruición: «Huéleme que el almuerzo de hoy va á ser más exquisito que la cena de anoche.»



Y he aquí cómo en cierta mañana, y en pleno desierto, almorzó opíparamente, después de bendecir á Al-lah, el moro Alí-Butilufa.

MARIPOSAS

A J. M. BUSTILLOS

Ora blancas cual copos de nieve,
ora negras, azules ó rojas,
en miriadas esmaltan el aire
y en los pétalos frescos retozan;
leves saltan del cáliz abierto,
como prófugas almas de rosas,
y con gracia gentil se columpian
en sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da vida
y una gota al caer las ahoga;
aparecen al claro del día
y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio de noche reposan?
¡Las coquetas no tienen morada!...
¡Las volubles no tienen alcoba!...
Nacen, aman, y brillan y mueren,
en el aire al morir se transforman
y se van, sin dejarnos su huella,
cual de tenue llovizna las gotas.
Tal vez unas en flores se truecan,
y llamadas al cielo las otras,
con millones de alitas compactas
el arco-iris espléndido forman.
Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
Sultanita, ¿qué harem te aprisiona?
¿A qué amante prefieres, coqueta?
¿En qué tumba dormís, mariposas?

* * *

¡Así vuelan y pasan y espiran
las quimeras de amor y de gloria,
esas alas brillantes del alma,
ora blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en qué sitio os perdisteis,
ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
al caer en el alma la sombra!
Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
¿No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grupo de lirios

que de niño llevé á la parroquia;
eras casta, creyente, sencilla,
y al posarte temblando en mi boca,
murmurabas, heraldo de goces:
«¡Ya está cerca tu noche de bodas!»

¡Ya no viene la blanca, la buena!
¡Ya no viene tampoco la roja,
la que en sangre teñí, beso vivo,
al morder unos labios de rosa!
Ni la luz que me dijo: ¡poeta!
ni la de oro, ¡promesa de gloria!
¡Ha caído la tarde en el alma!
¡Es de noche... ya no hay mariposas!
Encended ese cirio amarillo...
¡Ya vendrán en tumulto las otras,
las que tienen las alas muy negras
y se acercan en fúnebre ronda!
Compañeras, la cera está ardiendo;
¡compañeras, la pieza está sola!
¡Si por mi alma os habéis enlutado,
venid pronto, venid, mariposas!

M. Gutiérrez Nájera.

Méjico.

DISCULPA

¡Que aun hago versos!... Favores
de las hermanas divinas:
¡y qué! ¿de pálidas flores
no se adornan las ruïnas?

Dulce es soñar en la tarde
descendiendo el verde monte,
cuando en áureas luces arde
y desmaya el horizonte.

Dulce al crepúsculo, errando
por las cañadas estrechas,
dar al viento, recordando
melancólicas endechas.

Ya vendrá la noche; entonce
ni más canto, ni más ruido;
tristes las cuerdas de bronce
dirán al romperse: *¡Olvido!...*

Carlos Guido y Spano.

VIDA Y MUERTE

I

Era morir! De la inexhausta fuente
sólo restaba bilis y amargura,
y presa de indomable calentura
me revolvía trémulo, impotente.

Hizo saltar mi cuerpo de repente
recia, súbita, horrible crispatura,
y llena el alma de glacial pavura
«¡Vida! ¡vida!» exclamé con voz doliente.

¡No fué sólo ilusión! Carnal, humana,
de las confusas sombras del delirio
espléndida emergió la cortesana,

lujuriosa, insaciable, envilecida,
arreciando á su influjo mi martirio
y mi acerbo pesar!... ¡Era la Vida!

II

¡Acababa el dolor con mi existencia!
En fantástica ronda, sollozando
por el alma rebelde iban pasando
los sueños de la edad de la inocencia.

¡Ya la carne cedía! En mi conciencia
iba la noche eterna penetrando...
¡ay! yo llamé á la muerte, suspirando
del no ser por la triste inadvertencia.

¡La virgen de mis sueños dulce y pura
surgió gentil, calmando mis dolores,
derramando de sí luz y hermosura!

Volvió la sangre al corazón inerte...
y ciñendo su sien de blancas flores
se alzó serena, augusta... ¡Era la Muerte!

Moisés Numa Castellanos.

Buenos-Aires, 1892.



UNA PERSONA IMPORTANTE

Don Luis Gómez, aunque lo duden los lectores, es un hombre honrado y pacífico, buen ciudadano, como que jamás metió su cuchara en ningún asunto político.

Parece, además, hombre de juicio, si no fuera porque su estimable costilla le hace aparecer casi siempre desprovisto de él.

¿Da un baile de fantasía la familia N.? pues á bailar *fantásicamente*, dice doña Andrea; ¿da un té danzante el señor M.? pues á danzar en un té; ¿da un baile oficial el gobierno? á bailar oficialmente; ¿que comen los señores de O.? pues á comer; ¿que cenan? á cenar; ¿que se van al campo las de P.? pues al campo.

—Luis, ha llegado el señor ministro de Inglaterra, y todo el mundo ha ido á visitarlo; vé tú también.

—¡Pero, mujer! si yo...

—Calla. Ya sé lo que me vas á decir, que tú eres nadie para ir á saludar al ministro: ¡imbécil! por eso estamos siempre *postregados,* dice doña Andrea.

Y el buen señor no tiene más remedio que ir á saludar al ministro.

Éste le ve llegar, le da la mano, le ofrece asiento, le trata amablemente, como toda persona educada á un desconocido; y don Luis vuelve á casa y tiene que confesarle á su mujer que el ministro lo trató muy bien.

—Ya lo ves, zampalimones, ya lo ves: así es cómo se abre paso la gente. ¡Ay, hijo! tú, sin mí, serías un cero *de* la izquierda, un *lente* sin importancia, un... Luis Gómez y nada más.

Y don Luis está ya á punto de creer que su mujer tiene razón, aunque estropea un poco las palabras.

En cierta ocasión que peligró el orden establecido, porque no hay cosa que peligre tanto como los órdenes que se establecen, todo lo notable de Lima fué á saludar al Presidente, con el objeto de felicitarle, pues el orden escapó milagrosamente del peligro, y doña Andrea envió también á palacio á su Luis Gómez.

El hombre llegó y entró; pero cuando vió que cada cual hablaba á nombre del ejército, de la marina, del clero, del cuerpo consular, del de bomberos, de las escuelas particulares, del Municipio, del Congreso, del Ateneo, de la sociedad de escribanos, de la de artesanos, etc., se quedó, naturalmente, perplejo.

—Y ahora, pensó, ¿á nombre de quién hablo yo, cuando en rigor quien me manda es mi mujer?...

Le tocó el turno.

—Señor Presidente, dijo medio aturdido; mi mujer me manda á desear á su excelencia muchos años de vida, de reinado y de paz en el hogar doméstico en las instituciones y el orden establecido, que es la felicidad de la sociedad que

tengo el honor de representar, y que saluda á vuecencia por mi digno órgano.

Su excelencia le dió las gracias, sonriendo y lo despidió.

Llegó á casa don Luis.

¡Ojalá no hubiera llegado nunca!

Contó á su mujer el éxito de su visita al Presidente, y ella le dió un solemne bofetón.

—¡Bruto! le dijo, ¿por qué no le hablaste á nombre de la alta sociedad limeña, de la *hay lay*, de la crema? ¡Eres un inútil!...

Esta última frase sublevó á don Luis, quien se atrevió á alzar el gallo, como si un gallina pudiera hacer tal.

Y hubo ¡la mar y los barcos!

Y mucho más aún, cuando por la noche dijo un diario, que entre las manifestaciones de simpatía de que había sido objeto el Presidente, se había hecho notar la del gremio de *zapateros*, cuyo representante, don Luis Gómez, había pronunciado muy conmovido un *correcto* discurso.

Esta *guasita* de un gacetillero le valió al pobre don Luis una enfermedad.

No por él, pues el buen Gómez decía que se la merecía por su necedad, sino por los dos bofetones de cuello vuelto y el sinnúmero de insultos que tuvo el gusto de recibir de su costilla, y, más que todo, porque ésta quería á todo trance que se constituyera en la imprenta y desafiara al *periodiquista*, como ella decía, pues eso no podía quedar así.

—¡Cómo! ¡la señora de Gómez, persona decente por sus cuatro costados y todos sus *condecendientes*, iba á consentir en que se la tuviera por esposa de un zapatero!... ¡Jamás! —¡te batirás, y á muerte!...

Y á punto de batirse á muerte estuvo el infeliz; pues casi se muere del disgusto, las bofetadas y el miedo de batirse en duelo.

Restablecido del ataque furibundo de miedo que le dió, el cual se tradujo en una fiebre de cuarenta grados y medio, decía el bueno de don Luis:

—¿Quién me manda á mí meterme á persona, cuando yo no he debido salir jamás de mi estado de buen hombre?

Y se contestaba:

—¿Quién ha de ser? Mi mujer, mi mujer que por ser de la primera sociedad es capaz de pasarse ocho días sin comer.

Y así sucedió en una ocasión, en que convidaron al matrimonio, equivocadamente, sin duda, á un baile en Palacio.

Se suprimió por un mes el almuerzo, á fin de ahorrar para ir presentables al gran baile; y aconteció que en la segunda mazurka, la señora de Gómez se desmayó... de hambre.

Y el mundo ¡el pérfido mundo! atribuyó el desmayo á la declaración que le hizo á la señora, su pareja: un antiguo peluquero que había venido á parar en diputado, por obra y gracia de... la suerte.

Pero, aunque supo lo que decía el mundo el bueno de don Luis, se hizo el sordo, pensando para sí:

—¡Quien me ha puesto en ridículo no ha sido la dieta, sino el ayuno!

Manuel Moncloa y Covarrubias.

Lima, 1892.

ETERNA SELECCIÓN

Á TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO

Ruge la tempestad en la montaña,
y al poderoso impulso de su aliento
rueda el árbol robusto y corpulento
junto á la débil y flexible caña.

También la Muerte, con terrible saña,
por invariable ley de movimiento,
al viejo, al niño, al pobre, al opulento
abate por igual con su guadaña.

Pero allí donde queda un ser inerte
savia de otra existencia hay escondida,
que el tiempo tornará fecunda y fuerte

para ser nuevamente transfundida;
que ni el fin de la vida está en la muerte,
ni es la muerte el principio de la vida.

A. P. Echeverría.

Lima.



AUTOBIOGRAFÍA

1856—1885

Á MARÍA IGNACIA ARGERICH

I

¿Versos me pides? Te comprendo, hermosa;
en mis secretos á iniciarte voy:
como toda mujer, eres curiosa,
y quieres que te muestre el corazón.

Pondré en la empresa mi mayor empeño,
de los recuerdos abriré el raudal,

y, fugitiva tórtola sin dueño,
el alma mía posaré en tu hogar.

¡Oh tiempo aquel de la niñez primera
en que nos gusta que nos queme el sol,
y olvidados cual música ligera
hasta los besos de la madre son!

De aquellos tiempos los recuerdos míos,
desparramados por el cielo azul,
los campos cruzan y los anchos ríos
girando envueltos en rosada luz.

Allá, en el seno de los bosques solos,
no hubo jamás un gavilán cual yo,
gran cazador de urracas y chingolos,
enorme crimen que bendice Dios.

Fué por entonces mi corcel primero,
no el piafador romántico alazán:
un lanudo y magnífico carnero,
de grandes cuernos y apostura audaz.

Él arrastró, por tardes y mañanas,
nuestro coche de mimbres, donde, al sol,
con mi futura novia mis hermanas
formaban, juntas, un rosal en flor.

Empuñaba yo el látigo y las riendas,
y con resuelto paso varonil,
del trebolar por las angostas sendas,
iba haciendo mi látigo crujir.

¡Y lo que es la inocencia! Me gustaba
ver de mi novia el rostro angelical,
cuando el coche de mimbres se volcaba,
hacer pucheros, y después llorar!

—«¿Por qué lloras, mi vida?» le decía
gravemente, besándole la sien...
Y mi dulce pequeña sonreía
con un cierto abandono de mujer.

II

Mas, como el tiempo, aunque en silencio, vuela,
y unos siete años contaría ya,
¡ay! me encerraron en horrible escuela,
y en los campos quedó mi libertad.

Tuve un odio feroz á la cartilla,
eran los libros mudos para mí;

mas mis ansias sacáronme á la orilla,
y supe leer y comencé á escribir.

Cuando en la Vuelta de Obligado un día
tras larga ausencia me dejó el vapor,
un torrente vivaz de poesía
súbitamente por mi ser cundió.

Abierta el alma á la inmortal belleza,
y dominado por ardiente sed,
en la eterna y feraz naturaleza
la viva fuente del amor busqué.

De nuestras selvas escuché el arrullo,
de nuestras pampas contemplé la faz,
y el grande río, de la Patria orgullo,
que derramado por las islas va.

En tanto en selvas, pampas y raudales,
dejaba libre el corazón latir,
el estro de los cantos nacionales
se despertaba poderoso en mí.

Y amé la patria con amor de fuego,
y supe entonces, para amarla más,
por qué se eleva, cual perenne ruego,
la solitaria cruz de ñandubay.

III

—Pero ¿y la novia?—me dirás, María.
¿Mi novia? ¡Es cierto! me olvidaba ya;
pues bien: la niña á la sazón tendría
unos catorce... sin mentir la edad.

Joven, hermosa, enamorada y buena
negro el cabello, y en la fresca tez
ese pálido albor de la azucena
que al sol parece comenzar á arder.

Con grande empeño simular quería
algunos años más... siquiera dos,
y sin causa formal me recibía
con un gestito que adoraba yo.

Mas, pasaba una errante mariposa,
y, adiós grave matrona, adiós mujer,
era entonces la niña bulliciosa
que nunca acierta á refrenar los pies.

¡Y qué manera de correr girando,
de replegarse, de mostrar allí

la rumorosa falda revolando
por todos los extremos del jardín!

Como yo la siguiera con los ojos,
se avergonzaba de su loco afán,
y la sangre vivaz de los sonrojos
saltaba ardiendo á enrojecer su faz.

Al volverse hacia mí, como al descuido,
ya el jazmín arrancaba, ya el clavel,
detrás de cada arbusto detenido
el vacilante y dominado pie.

Luego, recta, de súbito venía,
y, segura en su imperio juvenil,
con un golpe de audacia me decía:
—«Iba en busca de flores para tí.»

«¡Tómalas, tómalas!...» y le temblaba
el alma entera en la vibrante voz,
y después lentamente se alejaba
con el gestito que adoraba yo.

IV

¡Cariñoso recuerdo de otros días,
melancólico arrullo, tierno són
de esas vagas errantes melodías
que van quedando de la vida en pos!

¡Os siento aún, en presuroso vuelo,
venir sonoras á colmar mi afán,
á henchir como antes, bajo el mismo cielo,
de ritmo y vida mi paterno hogar!...

Sólo un asilo al corazón conviene,
y yo, María, le conservo aún:
mi santa madre á acariciarme viene,
y es de sus ojos para mí la luz.

Aun goza en ver mi libertad sujeta,
y, expresión de cariño y altivez,
aun me abraza y me dice «mi poeta,»
bañada en gloria la serena sien.

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires.



J. Luis Pellicer

EMINENTE DIBUJANTE ESPAÑOL

J. LUIS PELLICER

En la primavera de 1842, en el corazón de la Barcelona antigua, nació este artista eminente en el seno de una familia —¿á qué decir modesta?—pobre.

Alumno de las escuelas municipales, empezó á luchar por la existencia trabajando en la imprenta del *Diario de Barcelona*. Habiendo transcurrido su infancia entre las ruinas del ya desaparecido *Palau*—palacio de nuestros antiguos Condes—¡quién sabe si á ello debió el que sus instintos artísticos empezaran por manifestarse con predilección hacia la arquitectura!

Ingresó, pues, en la Escuela de Maestros de Obras, cursó los estudios, y ejerció durante dos años la práctica en obras de albañilería. Entonces empezó á dedicarse al dibujo y á la pintura, aprovechando las horas que le dejaba libres su *modus vivendi*, que consistía en trabajar de ayudante en oficinas de arquitectos y maestros de obras.

Discípulo del notable pintor Martí y Alsina, su decidida vocación por la pintura se sobrepuso en él á las exigencias de la vida, y transigiendo, á pesar suyo, con la rutina de la época, se trasladó en 1865 á Roma resuelto á no soltar ya más la paleta y los pinceles.

Había ya debutado entonces como dibujante, ilustrando —con el seudónimo de Ñapus—las primeras *gatadas* del que no era conocido entonces más que por Pitarra, del fecundo y genial dramaturgo catalán, Federico Soler, que fundaba con ellas, quizás sin sospecharlo, el que más tarde debía ser, gracias á él, un rico y envidiable Teatro.

Hasta 1869 permaneció Pellicer en Roma, y á su regreso expuso algunos de sus lienzos que escandalizaron irreverentemente á los rabinos del arte, por su acentuada—y no perdonada entonces—nota naturalista. Las reprimendas de los maestros fueron duras, la excomunión del público fué